

TEMAS ESPAÑÓLES



RDU

2
PTS.

G-F- 2207

ZAMORA

TEMAS ESPAÑOLES

Núm. 254

ZAMORA

Por

AMANDO GOMEZ

PUBLICACIONES ESPAÑOLAS

O'DONNELL, 27 - MADRID

1956

Z A M O R A

Cuando por primera vez se visita Zamora se recibe una gran sorpresa, más emocionada y expresiva en los que tienen alguna cultura artística y literaria. No es extraño. Zamora suena tan pocas veces en la gran prensa y está tan desviada de las rutas de turismo que son escasísimos los españoles que saben que es una ciudad de más de 40.000 habitantes y que guarda tantos y tan valiosos ejemplares, principalmente de arte románico, que en este orden no sufre comparación con ninguna otra ciudad de España. Su maravillosa catedral, cada día más valorada en los medios artísticos mundiales, única en nuestra Patria por las características de su cúpula caprichosa y sabia, imitación del más puro bizantinismo; sus templos, casi todos del siglo XII y XIII, sus muros, evocadores de epopeyas medievales, sus palacios suntuosos, sus típicos rincones llenos de poesía y recuerdos históricos; el Duero que al besar sus murallas, que han presenciado tantos lances de bizarría, se extiende y ensancha como si quisiera dejar en la «bién cercada» las últimas manifestaciones de su majestad, antes de hundirse en los estrechos cauces por los que penetra en los enormes embalses que almacenan la luz que alumbra media España, para morir después en el reino lusitano; la campiña ubérrima y bellísima y, en fin, los moradores de noble porte y serenidad castellana; todo contribuye a que la nobilísima ciudad de doña Urraca deje una impresión inolvidable en los que han tenido la dicha de visitarla. Una brevísima síntesis de su historia será el preámbulo que nos dé a conocer el milenario estuche pétreo que guarda sus insuperables tesoros artísticos.

RECORDATORIO HISTORICO

Omitiendo, por no ser propio de este lugar, las disputas y controversias que desde la alta Edad Media se han suscitado respecto al nombre de Zamora, sólo diremos que el *Ocelum Duri* de los romanos corresponde muy exactamente en los itinerarios de las vías consulares a esta ciudad, constituyendo un *trivium* por la concurrencia de la calzada de la plata o vía de Astorga a Mérida y de enlace aquí con la de Zaragoza. El puente sobre el Duero, único paso entre vacceos y lusitanos y arevacos, debió dar origen a una mansión de escasos habitantes, probablemente los necesarios para el servicio de la misma. Solamente una piedra de granito que apareció en 1504 y que se incrustó en el pórtico del Consistorio, nos demuestra que está dedicado a un dios llamado Mentivaco, divinidad protectora de los puentes y, por ende, revela la importancia del que en *Ocelum* edificaron los romanos. Esta circunstancia favoreció también para que Zamora recibiera muy pronto las luces del cristianismo, ya que la voz apostólica siguió en su primer impulso las grandes vías, buscando colonias, principalmente en ciudades donde las hubiera de judíos, y según antiquísimas tradiciones aquí hubo bastantes grupos de fenicios y de israelitas, cuyo tipo étnico aún perdura en algunas poblaciones como Ferroselle y regiones de la Carballeda.

Durante la dominación visigoda, dividida la península, entra en ella, por el año 416, una mezcla de suevos y godos, dominando aquéllos Galicia y Lusitania y quedando el territorio de Zamora dentro de esta última, mientras el de los campos

góticos llegaba hasta Toro y su tierra. En 456, el rey godo Turismundo vence a los suevos a orillas del Orbigo, haciéndoles tributarios y quedando nuestra ciudad dentro de los límites del reino visigodo, llegando con Leovigildo a la unidad peninsular. La sublevación de Hermenegildo contra su padre da a esa guerra un carácter religioso, y la batalla de Sibiria, reñida entre Salamanca y Zaragoza en lo que hoy es Peleas, consumó la hegemonía arriana, al parecer, pero, al fin, el propio hijo del vencedor se convierte al catolicismo en el Concilio III de Toledo, celebrado en 589, dándole la unidad definitiva, ya que sus sucesores van dejando huellas de su religiosidad, como Chindasvinto con la fundación de San Román de la Hornija y acaso del San Román zamorano. Después de Wamba, la monarquía goda empieza a descender en tal forma y a enervarse en tal grado que, como es sabido, una sola batalla es suficiente para que se desmoronara en el año 711, en que árabes africanos, judíos y godos descontentos, en contubernio traidor, consumarían las ruinas de España.

Pocos recuerdos quedan pero muy valiosos de este triste episodio, como ya veremos en su lugar correspondiente.

Después de la batallas del Guadalete, Tarik entra vencedor en Toledo y prontamente a él o a su lugarteniente Muza, se le fué entregando toda la península, excepto las pequeñas porciones núcleos de la gloriosa resistencia posterior. Ocelum, probablemente, no ofreció resistencia y desde esta época empieza a sonar con el nombre de Zamora, que en mi concepto y según opinión muy probable, ilustrada convenientemente por los trabajos de toponimia del competente catedrático de Salamanca señor Cortés, proviene de la palabra árabe *Azemur*, que significa olivar silvestre (acebuche). Hay que considerar que en Zamora existe un barrio llamado Olivares y el que desde muy antiguo debió estar muy poblado y en el que aún existe un templo de planta visigoda, acaso de los más antiguos de la ciudad. Los primeros cronistas árabes la llaman la «bien poblada de árboles». Mientras los invaso-

res atendían al reparto del botín y ocasionaban reyertas entre sirios, árabes y bereberes, los cristianos que se habían refugiado en Asturias ensayaban la resistencia y la victoria de Covadonga que fué el principio de la monarquía, que empezando en Pelayo, en 718, lleva a cabo la Reconquista total.

El año 742, el primero de los Alfonsos, yerno de Pelayo, sale cual rayo centelleante recorriendo la Galicia y Lusitania y llega hasta Zamora, que dismantela, y los escasos moradores que a la sazón en ella vivían los lleva a repoblar León, Astorga y otras ciudades. Unos treinta años estuvo, por tanto, Zamora en poder de los mahometanos; por eso son escasos los restos de su dominación que se conservan. Algunos toponímicos de pequeños poblados que deben su nombre a los mozárabes de época posterior. Durante algún tiempo estuvo la tierra de la margen derecha del Duero en relativa paz hasta que, en 794, Adel Krim, general de Hixem, pasa el río y llega hasta cerca de Astorga en cuyas inmediaciones lo derrota Alfonso II el Casto, y acaso, aunque las crónicas están muy oscuras, fortificara algunos puntos de la línea del Duero y lo mismo Ordoño I. Llega el año 876, y Almondir, al frente de un gran ejército, arrasa la dismantelada Zamora y se interna en Galicia, pero Alfonso III el Magno lo rechaza, fortifica la ciudad y, dos años más tarde, el mismo Almodir la ataca con mayores fuerzas. Un eclipse de sol viene en auxilio de los cristianos, y don Alfonso lo rechaza, quedando en el campo 12.000 cadáveres berberiscos. En esta época, el legendario Bernardo del Carpio da ocasión con sus hazañas a que las crónicas y romances ensalcen sus hechos y luchas con el mismo rey desde su castillo del Carpio, de donde tomó el nombre, y es ocasión de cantares de gestas, sobre los que diserta maravillosamente nuestro inmortal polígrafo Menéndez y Pelayo.

En este mismo reinado ocurrió el hecho prodigioso de la Virgen de la Vega, patrona de Benavente, ayudando a los cristianos en la batalla de Polvaria, dejando caer sobre los árabes desde el aire gran cantidad de piedras que portaba en su re-

gazo, y en agradecimiento la pusieron los benaventanos en el escudo de su ciudad, celebrando solemnes fiestas en conmemoración de tal prodigio que perduran en el día de hoy. Los moros quedan tan maltrechos que piden una tregua de tres años, que Alfonso concede, y le sirve para fortificar la línea del Duero, erigiendo fortalezas en Toro, Simancas, Dueñas y Osma y, sobre todo, haciendo de Zamora una plaza baluarte incomparable para la defensa del reino.

Comenzó esta restauración sobre el año 893, según lo afirma el cronista Aben Ayan, en fragmentos contenidos en el *Codex* de Oxford, que copió Codera y tradujo incorrectamente. Ese texto es el que copia Fernández Duro, pero yo voy a transcribir la traducción de Asín Palacios, más inteligible y perfecta.

«Dice Ben Amet que en ese año de 803, de nuestra era, dirigióse Adefonso, hijo de Ordoño, rey de Galicia, a la ciudad de Zamora, la despoblada, y la construyó y urbanizó, y la fortificó y pobló con cristianos y restauró todos sus contornos. Sus constructores eran gente de Toledo y sus defensas fueron erigidas a costa de un hombre agemí de entre ellos. Así, pues, desde aquel momento comenzó a florecer la ciudad, y sus poblados se fueron uniendo unos a otros, y las gentes de la frontera fueron a tomar sitio en ella.»

Una vez terminadas las obras defensivas, con baluartes y recintos murados, procuró el gran Alfonso restablecer también la Sede Episcopal, fijándose para ello en un santo varón que en compañía de otro monje hacían vida penitente en pequeños cenobios, a las orillas del Esla, origen después de famosos monasterios cistercienses. Estos dos son, pues, Alfonso III y San Atilano, las figuras más preeminentes de la historia de Zamora, los verdaderos fundadores de la misma, sin que puedan separarse estas dos personas, porque su misión eficaz fué la que contribuyó de una manera decisiva a la reedificación de ésta. El uno, rehace, fortifica y puebla la misérrima Ocelum Duri, y el otro, es el primer obispo, principio de un episcopologio, en el que ya sin lagunas y

sólidamente asentado en documentación histórica podemos seguir hasta nuestros días.

«EL DIA DE ZAMORA»

Esta famosa batalla, en la que capitaneaba las fuerzas árabes Abul Casin, rebelde contra el emir de Córdoba, excitando el fanatismo de los musulmanes de Tarragona, Valencia y gentes de Berbería, se lanza como una tromba por las fronteras del reino leonés, con ejército poderosísimo, de más de 60.000 hombres. Acamparon en la margen izquierda, pero en aquel verano del 901 estaban las aguas del Duero tan bajas que pudieron vadearlo y cercar la ciudad. Hicieron una salida los cristianos y la batalla se riñó en el mismo cauce del río, teniendo que replegarse al recinto amurallado, hasta que llegando el rey con tropas de refresco, acometió con ímpetu extraordinario a los batallones berberiscos, que fueron completamente derrotados, trayendo prisionero a Abul Casin y otros muchos, que fueron pasados a cuchillo y sus cabezas colocadas en garfios de hierro sobre las almenas de la ciudad, según la costumbre de aquella época. A esto se llamó el «Día de Zamora», 10 de julio de 901.

Don Alfonso consideró rotas las treguas y prosiguió la campaña hasta la vista de Toledo, que se sometió a pagar un tributo. Regresó el gran rey por Segovia y Coca, siguiendo la calzada romana hasta Simancas, y dirigiéndose al Este, cayó sobre la antigua Pincia, que, según Ferreras, es la actual Valladolid. En el trigésimo octavo año de este reinado, gobernando Zamora don García, hijo primogénito de don Alfonso, inducido aquél por su suegro, Nuño Fernández, conde de Castilla, urdió una conspiración, que sabida a tiempo y presentándose el rey en Zamora, la desbarató, mandando preso a su hijo al castillo de Gauzón. Pero la reina, su madre, sus hermanos y algunos principales del reino se levantaron contra él, siendo la reina Gimena la protectora de este suceso tan inesperado como misterioso en

sus causas, ya que ningún cronista las aduce, limitándose don Rodrigo a señalar que la reina no amaba a su esposo. Otros creen que los hechos y contribuciones, con motivo de las continuas guerras, eran excesivos y había por ello gran descontento. El rey, demostrando que era verdaderamente grande, no quiso apelar a la guerra, y renunció la corona en favor de sus hijos, no reservándose para sí más que la ciudad de Zamora, por él fundada, defendida y engrandecida. Esto ocurrió el año 909. Poco después, el rey, en peregrinación a Galicia, pidió a su hijo permiso para poder, antes de morir, batallar otra vez con los moros del reino de Toledo, cuyos campos taló, volviendo con gran botín a Zamora, en la que falleció el 19 de diciembre del 910, a la edad de 58 años y 40 de reinado. Su cuerpo fué trasladado a Astorga y después a la ciudad de Oviedo.

Entre las obras más interesantes que Alfonso III dejó en Zamora, merece mención especial los suntuosos baños que erigió en las orillas del río, muy próximos a la calle que hoy se llama de Baños, como recuerdo de aquel edificio. Este, según mis conjeturas, estaba situado en lo que más tarde se llamó Pajar del Rey, y debía de gozar de todas las comodidades conforme la tradición y el arte romano. La importancia de estos puede conjeturarse porque el rey cede sus rentas a la catedral de Oviedo, que calcula ascenderán a 20 sueldos cada luna, y, por consiguiente, dada la importancia de esa cantidad para aquellos tiempos indican también la suntuosidad de ese edificio.

Después de Alfonso III, sigue Zamora siendo residencia de los reyes que le sucedieron, como don García, que murió en esta ciudad en 914. Ordoño II, su hermano, rey activo y guerrero, que tuvo a los moros contenidos, llegando en sus algaras hasta Córdoba. Como durante esas expediciones quedaba su esposa doña Elvira en Zamora y gobernaba el reino, y allí descansaba Ordoño después de sus expediciones, vino a ser esta ciudad como la capital de Galicia. Aquí falleció también doña Elvira, en 922, siguiéndola Ordoño, en 924. Froila, hijo tercero de don Al-

fonso, volvió a dar unidad al reino, pero pasa sin hacer nada, lo mismo que Alfonso IV, hijo también de Ordoño, que en 930 renunció en su hermano Ramiro, retirándose al monasterio de Luna, del que arrepentido volvió a querer gobernar, pero derrotado por Ramiro, le mandó sacar los ojos y a los cuatro hijos, que habían tomado parte en la rebelión. En expediciones temerarias causó tanto daño y pavor en las regiones musulmanas, que Abderrahmán III se preparó con una hueste de más de 100.000 hombres, pasando el Duero entre Toro y Tordesillas y llegando a la vista de Zamora, que se preparó a resistir. Ramiro pidió ayuda al conde de Castilla y al rey de Navarra. Todo se necesitaba, pues quien capitaneaba las fuerzas habían también de castigar al Omeya Beni Sak, desleal a su señor y que seguía a los cristianos con un cuerpo de musulmanes. Sabiéndolo Abderrahmán, dejó 20.000 hombres en el cerco y marchó al encuentro de su enemigo, avistándose las avanzadas en las márgenes del Pisuerga, cerca de Simancas. Las crónicas árabes, traducidas por Conde, han hecho un relato extensísimo de esta terrible batalla, que comenzando al salir el sol, duró dos días inclinándose la victoria, al parecer, en favor de los musulmanes. La noche empero, del segundo día, interrumpió la batalla para poner fin a tantos horrores. Los cristianos, sin embargo, se retiraron y pasaron el río por varios vados y esto salvó a los musulines y les privó Dios, dice el cronista, de poder socorrer a los de Zamora. Sin embargo, la presencia del Califa y de su tío Almudafar, excitaba el ánimo de los sitiadores y lograron abrir una brecha en los recios muros, pero hallaron un ancho y profundo foso lleno de agua que defendían con gran tesón los zamoranos, pero llenaban con cadáveres las profundidades de aquella fosa y la matanza fué atroz, y para atravesarlo tuvieron que arrojar al foso los cadáveres de sus compañeros muertos en el asalto. Estos les sirvieron de puente; los cristianos no pudieron resistir y en todas las torres ondearon las banderas del Islam. Esta fué la célebre batalla de Alcandik o de la fosa de Za-

mora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos. Un historiador árabe, Masudi, refiere que en su tiempo se decía haber muerto en esta expedición 40 ó 50.000 musulmanes, número que el cronista zamorano Sampiro eleva a 80.000. Poco gozaron de su conquista, porque a los pocos días, llegando don Ramiro con fuerzas de refresco, pasó a cuchillo a la guarnición e hizo prisionero a Abu Yaia, que dos veces traidor se había reconciliado con Abderrahmán y estaba mandando la plaza. Persiguió al ejército musulmán en retirada, y fortificó Salamanca, Ledesma, Peñausende y otros castillos, regresando con gran botín de oro, plata, armas y caballos.

Las crónicas musulmanas añaden que en el año 940 volvió a entrar en Zamora Abdal lad Elcoraixin, y, según dicen, alentaba a los suyos con estos versos:

«De un lado nos cerca el Duero — del otro Peña Tajada — la salida está en vencer — y en el valor la esperanza — la sangre de los infieles — enturbie del Duero el agua.»

Después de los reinados de Ordoño III, sucesor de su padre Ramiro, de su hermano Sancho, llamado el Gordo, de Ordoño IV el Intruso, consiguió, por breve término, sentarse en el trono obligando a Sancho a refugiarse entre los moros, a los que pidió auxilio para recobrar su soberanía. Zamora le abrió sus puertas, y siguiendo su ejemplo, se rindió también León y todas las demás ciudades del reino.

A L M A N Z O R

Tristísimo período para los reinos cristianos el que discurre entre el 981 y 1002, en el que gobierna como señor omnipotente el mayor genio político y militar del Islam, Almanzor. Anulado el sultán cordobés Asen II, convertida su madre Jubh en amante del dictador. Dueño éste de todos los resortes del poder y aniquilados todos sus enemigos, creyó llegado el momento de ceñir a sus sienes la corona de guerrero y general invencible y caudillo

de la Guerra Santa. Unas cincuenta expediciones victoriosas registran las crónicas árabes, pues los cristianos silencian y son tan parcas, que parecen contagiados del temor, más que fisiológico, supersticioso, que se apoderó de los reinos ante el arrollador empuje del caudillo musulmán. El atacó a los vascos, dejando en el campo de batalla al príncipe Ramiro, hijo de Sancho Abarca, y casi aniquiló las fuerzas del conde de Castilla Garci-Fernández y después de esta victoria ataca también al rey de León, Ramiro III, que se había establecido en Zamora como plaza de vanguardia, pero a pesar de la obstinada resistencia cayeron sus muros ante el empuje del invasor y fué saqueada, así como los campos de alrededor, destruyendo, según afirman los cronistas árabes, más de 1.000 aldeas y llevando cautivos a más de 4.000 cristianos. Unas semanas más tarde, aliados Ramiro III, de León, Garci-Fernández, de Castilla, y Sancho Abarca, de Pamplona, en agosto del 981, fueron vencidos en Rueda, apoderándose de Simancas, que demolió y cautivó a sus habitantes. Los leoneses, en vista de esas victorias y de los fracasos de Ramiro, le despojaron del reino, eligiendo como tal a su primo Bermudo II, hijo de Ordoño III, que logró arrebatarse la capital de León. Muerto Ramiro poco después, Bermudo negoció con Almanzor y firmó con él un tratado bochornoso, viéndose ocupada Zamora por un ejército musulmán, como aliado de Almanzor. Esto duró hasta 987. Bermudo se cansó de la presencia de fuerzas musulmanas en su reino, y le declaró la guerra. Almanzor, como un relámpago, sale otra vez a batalla y toma Coimbra, en junio de 987, la desmantela, y en 988 toma León, que se defendió cuatro días y fué demolida, y enseguida Zamora, donde se había refugiado Bermudo, y de la cual tuvo que huir. Tanto había degenerado la raza, que el rey leonés, para aplacar al vencedor, le ofreció su propia hija, que hizo de ella su concubina y después la convirtió en su esposa. Esta Teresa o Tarasia, de la que únicamente habla el cronicón de don Pelayo de Oviedo; pero los cronistas árabes son más explícitos y hasta refie-

en la noble respuesta que la princesa dió a los caballeros leoneses que la conducían a Córdoba y le rogaban interviniese con Almanzor a favor de sus compatriotas. «Una nación, exclamó la princesa indignada, debe confiar la guarda de su honor a las lanzas de sus guerreros y no a los encantos de sus mujeres».

A pesar de su matrimonio, no dejó el general musulmán de atacar a Bermudo, sitiándolo en Astorga y, por último, consumando la gran afrenta que hacía años premeditaba, llegando hasta Santiago de Galicia sus huestes victoriosas, saqueando el templo y haciendo llevar las campanas de sus torres a hombros de cristianos hasta Córdoba. La campaña dió comienzo en 997, penetrando en Portugal por Coria y Viseo, cruzando el Duero en Oporto. El 10 de agosto dió vista a Santiago, cuyos habitantes la habían evacuado y dió orden de saquearla e incendiarla. La Basílica quedó arrasada, salvo el sepulcro del santo, que por orden expresa del dictador no se tocó, ni tampoco al monje que lo custodiaba. Semanas más tarde, regresaba a Córdoba, cargado de laureles y dejando instalada en Zamora una parte de sus huestes. Por último, durante la minoría de Alfonso V, tuvo lugar la célebre batalla de Calatañazor, en la que el terrible debelador de los cristianos encontró su último fin.

Como ya hemos dicho, el hijo de Ramiro, después del fallecimiento de su padre, le sucedió en el trono bajo la tutela de su tío, el conde don Mendo González, que no hizo otra cosa más que dedicarse a restaurar la mayor parte de las ciudades que se encontraban en ruinas, reuniendo en León una asamblea legislativa, a la que debe el nombre del de los Buenos Fueros. Su espíritu guerrero le hizo organizar una expedición para tomar la plaza portuguesa de Viseo, y cuando ya estaba a punto de rendirse, una saeta cortó prematuramente las esperanzas halagüeñas que en él habían puesto los cristianos. La muerte de Alfonso sin sucesión, hizo que recayera la corona de León, en el que ya era rey de Castilla, por cesión de su padre don Fernando I de este nombre, hijo

de Sancho el Mayor, de Navarra, y casado con doña Sancha, hermana de Bermudo III, reuniendo así las dos coronas en el año 1037, circunstancia que le hizo el más poderoso de los reyes cristianos de España. Esta se apercibió prontamente a la guerra, aprovechándose de las divergencias que había entre los musulmanes, y empezó por la fortaleza de Viseo, que se rindió; siguió después Lameo, Coimbra y Oporto, que no sin obstinada resistencia se rindieron también, y así quedó completamente libre toda la frontera del Duero.

Don Fernando I es uno de los reyes al que más debe Zamora, puesto que después de Alfonso III, a él se debe su restauración; reparó los muros que cercaban la ciudad y amplió notablemente su circuito. No es esta ocasión de dilucidar la extensión de las defensas zamoranas en los tiempos de Alfonso III, pero sí puedo adelantar de estudios personales, la convicción de que el recinto murado abarcaba únicamente la parte occidental de la ciudad, hasta la primer barrancada que le servía para una defensa más completa, y en la que más tarde había de llamarse la puerta de San Pedro, llegando únicamente la parte amurallada hasta las proximidades de lo que hoy es San Martín, en cuyo lugar debió de existir un fuerte cubo o torre que más tarde sirvió a la iglesia de su nombre.

Don Fernando es el que extendió los muros por la parte que casi tenían hoy, aunque no creo que llegaran a lo que se ha llamado después el arco de doña Urraca, sino únicamente a la torre de Santa María la Nueva. Lo que sí hizo fué repoblar Zamora, y como lo que hacían falta eran brazos que labraran la tierra, concedió ésta mediante un ventajoso fuero a los que vinieran a trabajar en los llanos llamados de Santa Cristina. Esto ocurrió en 1062.

Don Fernando fué un gran rey, no sólo como guerrero, sino como político, excepto en repartir sus reinos entre sus hijos. Este acto tuvo lugar durante la solemnidad religiosa que se verificó en León con motivo de la traslación de las reliquias de

San Isidoro desde Sevilla, a cuya ceremonia asistieron casi todos los obispos de los tres reinos y los principales magnates, dándose la circunstancia que entre los abades estuvieron presentes cinco que fueron después santos. Esto es, San Iñigo de Oña, San García de Arlanza, San Sisibuto de Cardeña, Santo Domingo de Silos y San Eagildo de Antealtares. Estaban también presentes los cinco hijos del rey. Ante ese concurso de nobles y obispos hizo don Fernando lo que se ha llamado su testamento, que fué la repartición verbal de sus reinos y las parias de los reinos musulmanes. A Alfonso, su predilecto, le concedió el reino de León, con los campos góticos hasta el Pisuerga. El reino de Castilla, con el musulmán de Zaragoza, recibiólo Sancho, que era el primogénito, y García, Galicia y el pequeño reino de Portugal, así como las parias de Sevilla y Badajoz. A las dos hijas, Urraca y Elvira, no le dejó ninguna propiedad territorial, sino el señorío de todos los monasterios de los tres reinos, imponiéndole la condición de que no habían de contraer matrimonio. Esto es lo que se llamaba el infantazgo. Hay quien defiende esta política de división porque el auge de la monarquía y su extensión no permitía ser regida personalmente por el rey y tenían que ser gobernados muchos territorios alejados por condes, que ejercían la mayor parte de las veces un poder despótico. La imposición a las hijas del celibato tampoco fué política prudente. Sabemos que doña Elvira no llevó una vida muy ejemplar, pues motivó que por el escándalo ocurrido en el monasterio de Celanova, tuviera que hacer un milagro San Rosendo y amedrantada buscó refugio en él, aunque después, en 1095, estando gravemente enferma en Tábara, manda devolver a Celanova las heredades que la había arrebatado, haciendo otras donaciones. En cambio, doña Urraca, según el Silense, fué ejemplarísima en su conducta, a pesar de las hablillas tendenciosas que recoge en el siglo XII nuestro fray Gil de Zamora, gran aficionado a consejas sin fundamento.

Los juglares de época más tardía aprovechan este singular testamento o disposición de don Fernando, para poner en labios de doña Urraca este bellissimo romance:

«Morir vos queredes, padres — San Miguel vos haya el alma — mandantes las vuestras tierras — a quien se vos antojara — diste a don Sancho a Castilla, — Castilla la bien nombrada, — a don Alfonso a León — con Asturias y Sanabria — a don García Galicia — con Portugal apreciada — y a mí porque soy mujer — dejáisme desheredada. — Irme he yo de tierra en tierra — como una mujer errada; — mi lindo cuerpo daría — a quien bien se me antojara — a los moros por dinero — y a los cristianos de gracia; — de lo que ganar pudiere — haré bien por vuestra alma. — Allí preguntara el rey — quien es esa que así habla — respondiera el Arzobispo — vuestra hija doña Urraca. — Calledes hija, callede — no digades tal palabra — que mujer que tal decía — merecía ser quemada — allá en tierra leonesa — un rincón se me olvidaba — Zamora tiene por nombre — Zamora la bien cercada — de un lado la cerca el Duero — del otro Peña Tajada — quien vos la quitare hija — la mi maldición le caiga. — Todo dicen; amen, amen, — sino don Sancho que calla.»

Este mismo romance se reproduce con más extensión por el anónimo que recogió en su romancero zamorano, nuestro ilustre historiador Fernández Duro.

Después de las fiestas isidorianas y reparto de reinos, don Fernando fué en peregrinación a Santiago, para implorar la protección del Santo en las empresas militares que proyectaba. Primeramente se dirigió a Coimbra, que gemía bajo el yugo musulmán desde que fué conquistada por Almanzor. Le acompañaban todos sus hijos, y el cerco duró seis meses, pero al fin fué tomada por asalto el 25 de julio de 1064. Se dirigió más tarde a Valencia, pero viéndose gravemente enfermo quiso que le condujeran a León; llegó en la noche del 24 de diciembre, y por expreso deseo suyo lo llevaron a la iglesia de San Isidoro, donde rezó horas, oyó la misa y



comulgó. Al día siguiente, vestido con todo el aparato real, concurrió otra vez a San Isidoro y, arrodillado ante el cuerpo del Santo, pronunció en alta voz estas memorables palabras: «Tuyo es, Señor, el poder, tuyo el reino, a tu imperio se someten las potestades celestes y terrenas, el reino que de ti recibí y de tu mando tuve mientras te plugo, a ti lo devuelvo, suplicándote que mi alma, ahora arrancada al tempestuoso torbellino de este mundo, haya acogida en su santa paz.» Después, despojándose de sus vestiduras regias, se vistió un cilicio, se quitó la corona de oro, cubriendo su cabeza de ceniza y después de estar entregado dos días a tan terrible penitencia, entregó su alma a Dios el 27 de diciembre de 1065. Aunque, al parecer, todos se conformaron con la voluntad del difunto rey, sin embargo, los romanceros ya hemos visto como manifiestan la disconformidad de doña Urraca. Después de la muerte del rey y durante dos años, el respeto a la reina doña Sancha mantuvo a sus hijos en paz; pero después del fallecimiento de ésta, en 1067, quedó sin freno la ambición de Sancho para apoderarse de los reinos de sus hermanos. En marzo de 1071, encontramos reunidos en Burgos con Sancho, a Alfonso y a sus dos hermanas, varios magnates, obispos y abades, entre ellos Santo Domingo de Silos y San Sisebuto de Cardaña, y allí debió de concertar Alfonso el paso por su reino de su hermano Sancho para dirigirse a Galicia, a combatir a García, a condición de tener parte él también en el botín. García fué conducido preso y llevado a Burgos, y más tarde Sancho le permitió que morara en la corte de Ben Amet, de Sevilla, tributario de Castilla. Poco tiempo duró la amistad de los dos hermanos, que se encontraron frente a frente en la batalla de Golpejera, en la que vencido Alfonso y hecho prisionero fué conducido por su vencedor por varias ciudades leonesas, para que éstas se sometieran a él y se coronó rey de León el 12 de enero de 1072. Alfonso, llevado a Burgos, consiguió, merced a la intervención de doña Urraca, el que don Sancho le dejara emigrar a Toledo, acompañado de su ayo, Pedro Ansúrez. Alma-

mún, rey de Toledo, recibió a don Alfonso muy honoríficamente y lo alojó en su propio palacio, previos pactos y juramentos de seguridad. Allí pasó éste nueve meses que le sirvieron para conocer las defensas de aquella ciudad y que le sirvieron de gran provecho cuando más tarde fué por él conquistada. Sancho se consideraba rey de León, pero muchos nobles se negaron a reconocerle. El conde Ansúrez era el principal animador de la resistencia y en escapadas que hacía desde Toledo, se puso de acuerdo con doña Urraca, según lo refiere el cronicón compostelano, para que la ciudad de Zamora, que había sido donada por don Alfonso a su hermana, según el Tudense, iba a ser el baluarte de la resistencia contra el odiado castellano y delante de sus muros se van a desarrollar las escenas que alimentan la inspiración épica de nuestros bardos populares. «En Castilla, la poesía épica, ha dicho el inmortal Menéndez y Pelayo, es una forma de la historia, y la historia una prolongación de la epopeya. Sus fuentes se confunden: sus aguas se mezclaron desde el principio y todavía la labor crítica no acierta enteramente a separarlos. Las crónicas se formaron con fragmentos de poemas, y nuevos poetas volvieron a versificar la prosa de las crónicas. Nacional por el asunto, verídica no sólo con la verdad interna propia del arte, sino muchas veces con la verdad material y exterior; seca y prosaica a trechos, concreta, positiva y realista siempre, la poesía heroico-popular, hija legítima del terruño castellano, no deslumbra ni fascina, pero se apodera del espíritu con vigor indomable y le llena, no de ficciones risueñas sino de representaciones trágicas y austeras, que alcanzan un grado de evidencia pasmosa. Encerrada en los límites de lo posible, limpia de toda aspiración quimérica, sumamente parca en el empleo de lo maravilloso, ingenua y ruda en los afectos, justiciera con justicia patriarcal cuando no degenera en ásperamente vindicativa, sobria y sensata como la índole no torcida aún del pueblo que la habitó, sus altas cualidades son las de la raza, sus defectos lo son también. Es la poesía de la

voluntad enérgica y libre y compensa en fuerza lo que le falta en gracia.

Negar el carácter nacional de esta poesía, que no es más que el espejo que agranda nuestra propia historia, sería negar la historia misma.» (Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos*, t. VI, pág. 69 y 70.)

Y en la página 306 del mismo tomo, añade: «La tradición épica se iba achicando en manos de los romanceristas, pero todavía se mostró digna de sus mejores días en la magnífica serie de romances relativos al cerco de Zamora, radiante corona de aquella ciudad leonesa. Si algo puede mitigar el desconsuelo que en nosotros infunde la pérdida de la primitiva gesta que hubo de ser grandiosa a juzgar por el resumen que de ella hace la crónica general, es la existencia de estos pequeños poemas, que en su sencillez membruda y concisa, tan admirada por Huber, conservan preciosas reliquias de los antiguos cantares, aunque no puede negarse que algunos de ellos se fundaron ya sobre el texto de las crónicas, siendo por tanto de indirecta y secundaria familia épica. Pero a otros no puede negársele la calificación de primitivos; el del «rey don Sancho, rey don Sancho — no dirás que no te aviso» se cantaba en tiempo de Enrique IV y por la enérgica rusticidad, por el ambiente de los tiempos heroicos, por el calor immaculado del estilo, no pueden menos de ser igualmente viejas la rapsodias que comienzan «Riberas de Duero arriba», «Junto al muro de Zamora ya cabalga Diego Ordóñez», «Por aquel postigo viejo». En ninguno de estos romances interviene el Cid como principal personaje, y en algunos ni siquiera se le nombra, en todos se siente su prestigio recóndito, se adivina que está cerca, que su acción o su inacción es decisiva: los zamoranos aceptan todo reto, menos el suyo o el de sus parientes y paniaguados: él es y no Diego Ordóñez, ni Arias Gonzalo, el héroe de la gesta, coronada con el sublime juramento de Santa Gadea. También Aquiles, retraído en sus tiendas está ausente de una gran parte de los cantos de la *Iliada*, y, sin embargo, su sombra llena todo el poema y no hay momento en que no se piense en él. Y no se tenga por in-

adecuada la comparación, pues a la verdad pocas cosas hay en ninguna literatura que tanto retraiga la imagen de la poesía homérica en medio de la diversidad de tiempos y costumbres como estos rudos cantares nuestros, con toda su simplicidad y abandono. Lástima que la serie de estos romances no esté completa, faltando precisamente los que debían referir las peripecias de la lucha entre don Diego Ordóñez y los tres hijos de Arias Gonzalo y cómo a los ojos de su padre, que los arma y anima para el combate, van cayendo uno tras otro, heridos de muerte en el palenque, para vindicar la honra del Concejo de Zamora: historia portentosa, que con veneración y asombro leemos en la crónica general y que aún despojada del solemne metro épico, guarda su sombría belleza no igualada acaso en ningún otro poema de los tiempos medios». Tiene como siempre razón el más grande de nuestros ingenios. El cerco de Zamora es tan importante en nuestra historia política y literaria que ya Fernández Duro pudo reunir una bibliografía que abarca 133 autores, entre los que descuelan los más insignes literatos, artistas, filósofos, jurídicos, etc., de todos los tiempos en nuestra nación. La Real Academia de la Historia, en 1832, convocó un concurso con el siguiente lema «El cerco de Zamora por el rey de Castilla don Sancho II», en un poema de no menos de 70 octavas ni más de 100. A este concurso acudieron ilustres escritores, entre otros Donoso Cortés, y fué declarado desierto.

Dejemos, pues, la crónica general y atendamos a la música de nuestros viejos romances, que nos darán una visión más plástica de la mayor epopeya de que se gloria, no sólo Zamora sino España entera.

El señor Menéndez Pidal afirma que el romancero es la canción que ha alcanzado más altura literaria y más extensión en todos los climas y los mares donde se dilató el imperio hispánico, es la canción épico-lírica que recrea la imaginación de más pueblos esparcidos por todas las partes del mundo, por el hemisferio boreal y austral, haciéndose digna de informar importantes ramas de la producción artística, tanto en

la época clásica como en la moderna; nótese, por ejemplo, que Victor Hugo imita romances españoles y no franceses. El romancero, en fin, por su tradicionalismo, por la cantidad de vida histórica que representa y por multitud de reflejos estéticos y morales, es quintaesencia de características españolas.

Vamos, pues, a transcribir algunos de estos preciosos romances del cerco de Zamora, tomados no de la colección de Fernández Duro, sino de los que el mismo señor Menéndez Pidal colecciona en su libro *Flor nueva de romances viejos*.

I

Rey don Sancho, rey don Sancho — ya que te apuntan las barbas — quien te las ha visto nacer — no te las verá logradas. — Don Fernando apenas muerto — Sancho a Zamora cercaba — de un cabo la cerca el río — del otro el Cid la apremiaba. — Del cabo que el rey la cerca — Zamora no se da nada — del cabo que el Cid la aqueja — Zamora ya se tomaba — corren las aguas del Duero — tintas en sangre cristiana. — Habló el viejo Arias Gonzalo — el ayo de doña Urraca: — Vámonos, hija, a los moros — dejad a Zamora salva, — pues vuestro hermano y el Cid — tan mal os desheredaban. — Doña Urraca en tanta cuenta — se asomaba a la muralla — y desde una torre mocha — el campo del Cid miraba. — Afuera, afuera, Rodrigo — el soberbio castellano — acordársete debía — de aquel buen tiempo pasado — que te armaron caballero — en el altar de Santiago — cuando el rey fué tu padrino — tú Rodrigo el ahijado; — mi padre te dió las armas — mi madre te dió el caballo — yo te calcé espuelas de oro — porque fueses más honrado — pensando casar contigo — no lo quiso mi pecado — casaste con Jimena — hija del conde Lozano — con ella hubiste dineros — conmigo hubieras estados — dejaste hija de rey — por tomar la de un vasallo. — En oír esto Rodrigo — volviósse mal angustiado — afuera, afuera los míos — los de a pie y los de a caballo, — pues de aquella torre mocha — una vira me han tirado — no traía el asta hierro — el

corazón me ha pasado — ya ningún remedio siento — sino vivir más penado.

II

Riberas de Duero arriba — cabalgan dos zamoranos — que según dicen las gentes — padre e hijo son entrambos — padre e hijo son los hombres — padre e hijo los caballos — las divisas llevan verdes — los caballos alazanos — fuertes armas traen secretas — y encima muy ricos mantos — adargas ante sus pechos — gruesas lanzas en sus manos — espuelas llevan jinetas — y los frenos plateados — y por un repecho arriba — suben más recios que galgos. — Salen a mirarlos todos — del real del rey don Sancho — desque cerca del real fuero — sofrenaron los caballos — y al cabo de una gran pieza — soberbios así han hablado — ¿Tendredes dos para dos — caballeros castellanos — que quisiesen hacer armas — con otros dos zamoranos — para daros a entender — que no hace el rey como hidalgo — en quitar a doña Urraca — cuanto su padre le ha dado? — No queremos ser tenidos — ni queremos ser honrados — ni rey de nos hará cuenta — ni conde nos ponga al lado — si a los primeros encuentros — no los hemos derribado. — Y si quiera salgan tres — y siquiera salgan cuatro — y siquiera salgan cinco — no les huiremos el campo — con tal que no salga el Cid — ni ese noble rey don Sancho — que lo habemos por señor — y el Cid nos ha por hermanos; — de los castellanos otros — salgan los más esforzados. — Tres condes lo están oyendo — todos tres eran cuñados: — los de Zamora atendidos — que nos estamos armando. — Mientras los condes se armaban — el padre al hijo está hablando. — Volved, hijo, vuestros ojos — a Zamora y sus andamios — mirad dueñas y doncellas — cómo nos están mirando. — Hijo, no miran a mí — porque ya soy viejo y cano — más miran a vos, mi hijo — que sois mozo y esforzado. — Si vos hacéis como bueno — seréis de ellas muy honrado — mas si lo hacéis de cobarde — seréis de ellas ultrajado. — Afirmaos en los estribos — terciad la lanza en las manos — esa adarga ante los pechos — y apercibid el caballo — que al primero que acomete — tienen por más esforzado. — Ape-

nas esto hubo dicho — ya los condes han llegado — el uno viene de negro — el otro viene de blanco — y el otro viene de verde — porque estaba enamorado. — Vánse unos para otros — como hombres desafiados — a los encuentros primeros — el viejo uno ha derrocado. — Vuelve la cabeza el viejo — vió al hijo no bien parado — arremete para el conde — pasólo de claro en claro. — El hijo va contra el otro — ahuyentado lo ha del campo — por éste que se le iba — el viejo se está mesando. — Preguntaba el padre al hijo — decid, hijo, estáis llagado; — esto os pregunto, señor, — que no estoy sino muy sano. — Pues tornemos a Zamora — serás hijo muy honrado. — Cuan gran alegría hace — por torres y por andamios — que el viejo de armas secretas — era el viejo Arias Gonzalo.

III

Sobre el muro de Zamora — vide un caballero erguido — al real de los castellanos — decía con gran grito. — Guarte, guarte, rey don Sancho — no digas que no te aviso — que del cerco de Zamora — un traidor había salido — Bellido Dolfos se llama — hijo de Dolfos Bellido — si gran traidor fué su padre — mayor traidor es el hijo. — Cuatro traiciones ha hecho — y con esta serán cinco — si te engaña rey don Sancho — no digas que no te aviso. — Gritos dan en el real — a don Sancho han malherido — muerto le ha Bellido Dolfos — gran traición ha cometido. — Desde que le tuviera muerto — metióse por un postigo — por las calles de Zamora — va dando voces y gritos. — Tiempo era doña Urraca — de cumplir lo prometido.

IV

Muerto yace el rey don Sancho — Bellido muerto le había — pasado está de un venablo — que a la tierra le cosía — llorando están a par de él — obispos y clerecía; — llórale la hueste toda — ricos hombres de Castilla — don Rodrigo de Vivar — es el que más lo sentía. — Rey don Sancho, rey don

Sancho — muy aciago fué aquel día — en que cercaste a Zamora — contra la voluntad mía — la maldición de tu padre — en mal hora se cumplía. — Levantóse Diego Ordóñez — que a los pies del rey yacía — la flor es de los de Lara — y lo mejor de Castilla. — Que se nombre un caballero — antes que pase el día — para retar a Zamora — por tan grande alevosía. — Todos dicen que es muy bien — mas nadie al campo salía — mirando estaban al Cid — por ver si el reto él haría — mas el Cid que los entiende — de esta manera decía. — Yo me armé contra Zamora, — pues don Sancho lo quería — muerto mi señor el rey — juré de no combatirla — grande deudo he con la Infanta — quebrantarlo no podía. — Así hablara Diego Ordóñez — lleno de melancolía. — Mal habéis jurado, Cid — lo que jurar no debías.

V

Ya cabalga Diego Ordóñez — ya del real había salido — armado de piezas dobles — sobre un caballo morcillo — va a retar los zamoranos — por muerte del rey su primo. — Vido estar a Arias Gonzalo — en el muro del castillo — allí detuvo el caballo — levantóse en los estribos. — Yo os reto los zamoranos — por traidores fementidos — reto a mancebos y viejos — reto a mujeres y niños — reto también a los muertos — y a los que aun no son nacidos — reto la tierra que moran — reto yerbas, panes, vinos — desde las hojas del monte — hasta las piedras del río, — pues fuisteis en la traición — del alevoso Bellido. — Respondióle Arias Gonzalo — como viejo comedido. — Si yo fuera cual tu dices — no debiera ser nacido — bien hablas como valiente, — pero no como entendido. — ¿Qué culpa tienen los muertos — en lo que hacen los vivos, — y en lo que los hombres hacen — que culpa tienen los niños? — Dejeis en paz a los muertos — sacad del reto a los niños — y por todos los demás — yo habré de lidiar contigo. — Mas bien sabes que en España — antigua costumbre ha sido — que hombre que reta a Consejo — haya de lidiar con cinco — y si uno de ellos le vence — el Concejo queda quitto. — Don Diego cuando esto oyera — algo

fuera arrepentido — mas sin mostrar cobardía — dijo: «Afirmóme a lo dicho.»

VI

Tristes van los zamoranos — metidos en gran quebranto — retados son de traidores — de alevosos son llamados — mas quieren todos ser muertos — que no traidores nombrados. — Día era de San Millán — ese día señalado — todos duermen en Zamora — más no duerme Arias Gonzalo — aún no es bien amanecido — que el cielo estaba estrellado — castigando está a sus hijos — a todos cuatro está armando — las palabras que les dice — son de mancilla y quebranto. — Yo he de lidiar el primero — con don Diego el castellano — si con mentira nos reta — vencedle he y hagaos salvos, — pero si cualquier traidor — hay entre los zamoranos — y el nos reta con verdad — muerto quedaré en el campo. — Morir quiero y no ver muerte — de hijos a que tanto amo. — Las armas pide el buen viejo — sus hijos le están armando — las grebas le están poniendo — doña Urraca que allí ha entrado — llorando de los sus ojos — y el caballo destrenzado — para que tomas las armas — dónde vas mi viejo amo, — pues habéis si vos morís — perdido es todo mi estado. — Acordaos que prometiste — a mi padre don Fernando — de nunca desampararme — ni dejar de vuestra mano. — Caballeros de la infanta — a don Arias van rogando — que les deje la batalla — que la tomarán de grado. — Mas él solo da sus armas — a su hijo don Fernando. — Dios vaya contigo, hijo — la mí bendición te mando — ve a salvar los de Zamora — como Cristo a los humanos. — Sin poner pie en el estribo — don Fernando ha cabalgado — por aquel postigo viejo — galopando se ha alejado — adonde estaban los jueces — que ya le están esperando. — Partido les han el sol — dejádoles han el campo.

VII

Por aquel postigo viejo — que nunca fuera cerrado — vi venir seña bermeja — con trescientos de a caballo — un pendón traen

sangriento — de negro muy bien bordado — y en medio de los trescientos — traen un cuerpo finado — Fernando Arias ha por nombre — hijo de Arias Gonzalo. — A la entrada de Zamora — un gran llanto es comenzado — llóranle cien doncellas — todas cien hijasdalgo — sobre todas lo lloraba — esa Infanta Urraca Hernando. — y cuan triste la consuela — el buen viejo Arias Gonzalo. — Callad, ahijada, callad — no hagades tan grande llanto — por un hijo que me han muerto — vivos me quedan cuatro — que no murió entre las damas — ni menos tablas jugando — más murió sobre Zamora — vuestra honra resguardando. — ¡Ay de mí, viejo mezquino!, — quien no te hubiera criado — para verte Fernand Arias — agora muerto en mis brazos. — Ya tocaban las campanas — ya llevan a enterrarlo — allá en la iglesia mayor — junto al altar de Santiago — en una tumba muy rica — como requiere su estado.

La muerte de don Sancho llegó pronto a Toledo, donde se refugiaba Alfonso, quien no tardó en presentarse en Zamora, proclamándose rey de León y Castilla. Esto ocurrió en 1072.

Al fin, Zamora la mártir, mucho más que Numancia, como la llamaban los cronistas del siglo XIII, tuvo después de dos siglos de continuos asaltos, destrucciones, saqueos y demoliciones, un período de tranquilidad, para ir reconstruyendo los edificios demolidos. Alfonso concedió a su hermana doña Urraca el título de reina y ésta moraba casi siempre en Zamora. Este rey abandonando la rudeza antigua revistió ya su corte de un aparato más deslumbrante y regio, e indudablemente fué el primero en no habitar el viejo edificio de sus antecesores, que podemos localizar perfectamente por una escritura de Ramiro II, que en 945 hace un trueque con el monasterio de Sagún, en el que aquél le cede tres acéñas en Zamora «ad Olivares yusta palacium nostrum». De manera que donde doña Urraca se crió y vivió de joven y donde el Cid sirvió a su padre don Fernando era el que hoy llamamos *Casa del Cid*, y la torre mocha del romancero estaba situada en el segundo recinto murado junto a la puerta del Mercadelo, de que era una depen-

dencia el corral del rey, del que aun se conserva un pequeño trozo, hoy propiedad del Ayuntamiento, que destinan los jardineros a guardar sus herramientas. Ampliado el circuito de Zamora, junto a la puerta que se llama de doña Urraca, se construyó un palacio que debió de ser suntuoso, y en él vivió la hija de don Alfonso VI, casada con don Raimundo de Borgoña, al que confió también el rey en 1094 la repoblación de la Puebla del Valle, y a la que da también un fuero. La calle de la Reina, se refiere a la que lo era de derecho, después de la muerte de su padre, a la sobrina de la primera. Durante los reinados de don Alfonso VII, Fernando II y Alfonso IX, se engrandeció Zamora, levantó el magnífico puente con sus torres almenadas y defensivas, que ya desgraciadamente no existen, y las mesnadas zamoranas tomaron parte en todas las conquistas, destacándose principalmente en la de Mérida, cuyo puente tomó, mereciendo por ello que se abriera la puerta de Olivares, poniendo en ella la inscripción que conmemora este hecho y en su escudo el famoso puente, ya que los zamoranos *fuerunt victores in prima acie*.

La índole de este trabajo no permite extendernos en la relación de muchos hechos gloriosos, ¿pero cómo omitir el trágico motín de la trucha, que deja un rastro tan sangriento, como la quema de los nobles encerrados en Santa María la Nueva y el milagro eucarístico de las formas reservadas en su sagrario, que rompen la pared de la iglesia y van a refugiarse a una casa próxima de beatas, que dió origen más tarde a la fundación del monasterio de las Dueñas, donde se conservan incorruptas?

¿Cómo dejar pasar en silencio el bárbaro crimen del infante don Juan que ensayó ante los muros de nuestro Alcázar la tragedia de Tarifa? Efectivamente, eran tiempos del rey don Sancho, que se había rebelado contra su padre, teniendo a éste reducido a la sola ciudad de Sevilla, por él tan amada, y su situación era tan crítica, que aunque apócrifas, son expresivas la realidad de aquellas estrofas del supuesto *Libro de la Querellas*, dirigido al

zamorano Diego Pérez Sarmiento, el Leal, «como ya sólo el rey de Castilla».

Efectivamente, la reina doña Violante, que en época anterior defendiera el derecho de sus nietos, los infantes de la Cerda, ahora vencida por las dádivas de don Sancho, había pasado a su partido, así como todos sus hijos. Al infante don Juan, le encomendó su hermano don Sancho la misión de atraer a su causa al reino de León y parte de Castilla, y desde su famosa villa de Valencia, y al frente de aguerridos montañeses y aventureros, tan desalmados como él, corrió toda la tierra de Campos y después la de Toro y Zamora, que, efectivamente, se sometieron a don Sancho. Era entonces Zamora una de las ciudades más fuertes y mejor defendidas del reino.

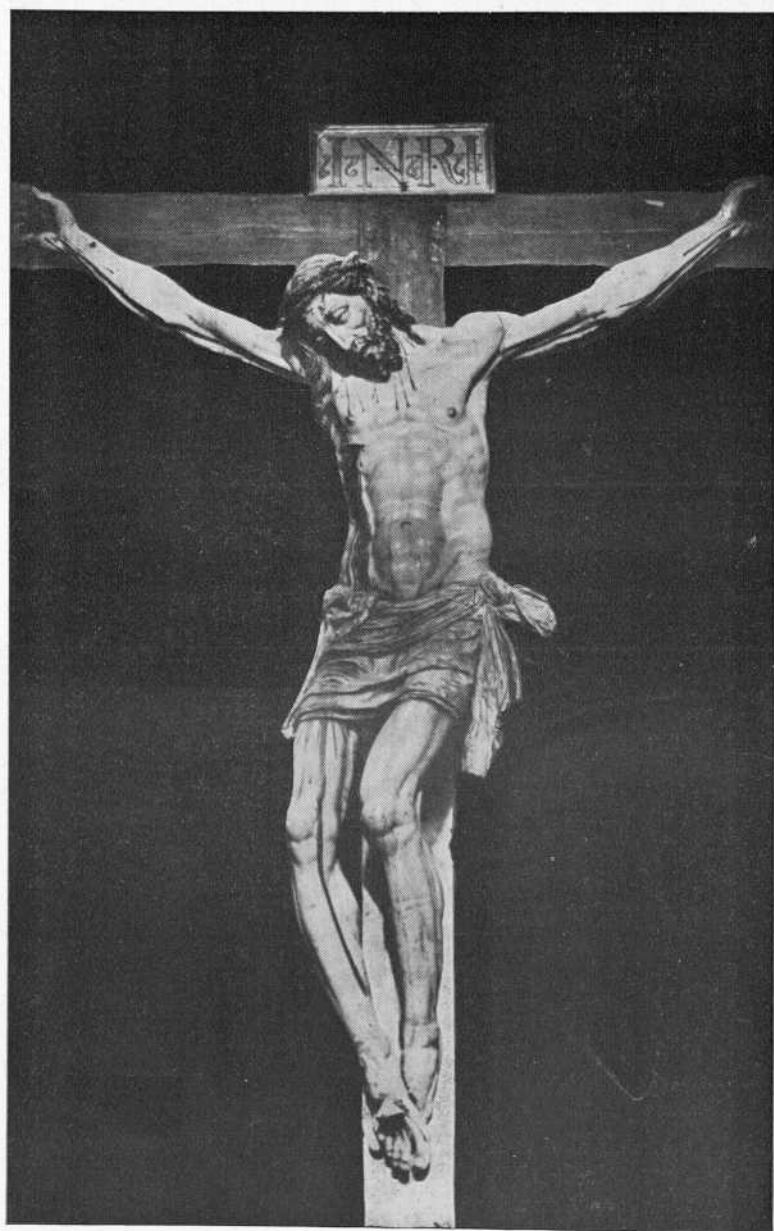
Sus antiguas murallas estaban defendidas por recios cubos y por las torres fortalezas de las iglesias, situadas siempre en las proximidades de los postigos y dominando el adarve para en caso de ser éste asaltado, poder aun defender la ciudad. La más importante de estas puertas en aquella época, era la de Santa Columba, que daba acceso al Alcázar, casi inexpugnable, porque constituye parte de sus defensas la torre de la catedral. El Alcázar era un viejo torreón, rodeado de dos recintos, con adarbe y matacanes, defendido con fosos y contrafosos y erguido sobre las escarpaduras de la parte occidental de la ciudad. En el pleito que a la sazón se ventilaba, ocurrió que el infante don Juan era dueño de la ciudad y de todas sus fortalezas, pero no del Alcázar. Y dice la crónica «edes que llegó a Zamora e firmaron el pleito por carta e por postura el infante don Juan fué de mandar el Alcázar de Zamora a una dueña mujer de Carci-Pérez que era merino mayor del rey don Alfonso en Galicia, que estaba dentro. E esta dueña era hermana de Payo Gómez Chariño, e la dueña envióle responder que gelo non daría, que lo tenía su marido por el rey don Alfonso. E supo el infante don Juan como esta dueña encaesciera de un fijo non havie más de ocho días e que lo criaban en una puebla fuera de la villa e mandóle tomar e llevólo allí a la

puerta del castillo e envió a decir a la dueña que si le non diese el Alcázar luego gelo mataría; e la dueña con gran amor que hovo del fijo rescoló que gelo mataría e dióle el Alcázar luego». Este suceso se repite más tarde en tiempos de don Enrique II, en el año 1371, pero con distinto resultado, porque requerido por los sitiadores del Alcázar Alfonso López de Tejada, que lo tenía por el rey don Pedro, apelaron al mismo procedimiento amenazando al padre con dar muerte a tres hijos pequeños que habían quedado en la ciudad. Pero Tejada no lo entregó y vió cómo fueron degollados sus hijos, exclamando Tejada, «a Dios gracias me quedan la fragua y los martillos en que esos hierros se forjaron». ¿Cómo omitir la aparición milagrosa de la Virgen de la Hiniesta a don Sancho IV el Bravo y la fundación de aquel lugar consagrado a la Virgen?

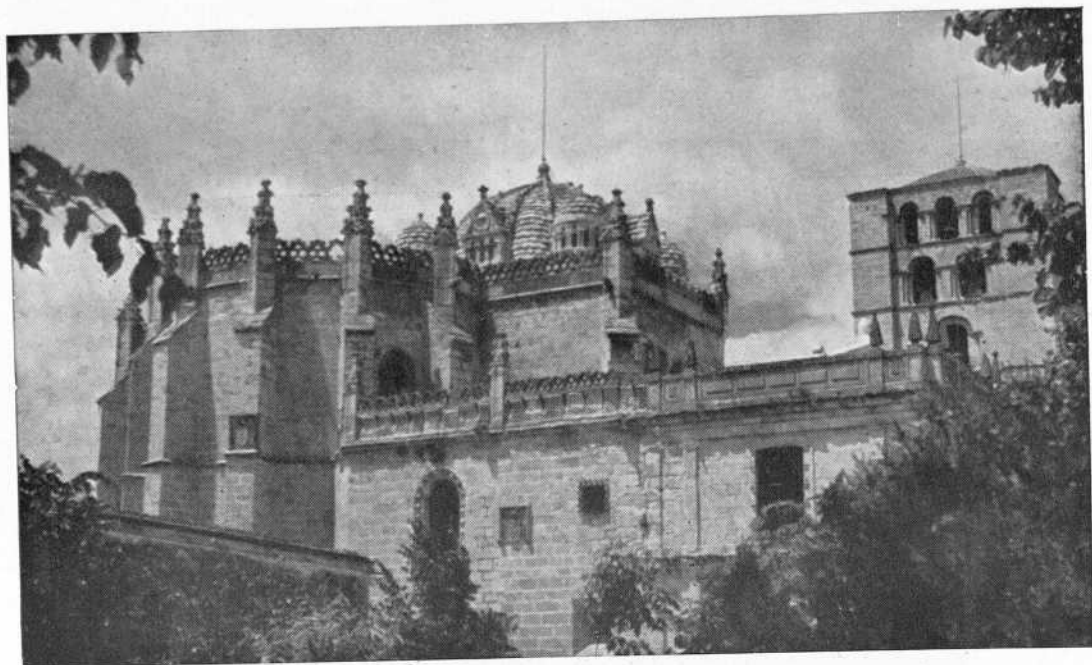
La historia de Zamora es tan pródiga en hechos y hazañas gloriosas que recordarlas solamente ocuparía muchas páginas. Nacimiento de San Fernando en Valparaíso; estancia de sus hermanas en Zamora, en la que queda como recuerdo la calle de las Infantas. ¿Cómo no recordar al terrible canciller de don Alfonso X y obispo de Zamora, don Suero Pérez, del que hay tantas memorias y fundó una capellanía para el sostenimiento del botafumeiro dos siglos antes de que lo tuviera Santiago? La invención milagrosa del cuerpo de San Ildefonso, las contiendas del rey don Pedro, las venganzas de su hijo en la misma tierra zamorana, etc. Y, por fin, la importancia decisiva que Zamora tuvo en la victoria de Toro, que colocó definitivamente la corona de Castilla sobre la frente de los Reyes Católicos y cuya actuación tanto política como guerrera mereció que el rey añadiera a su seña de campaña la novena banda de esmeralda y que su propio cronista García Dei compusiera las divisas de su escudo. Los comuneros y el obispo Acuña, con su legión de clérigos; el desafío de Monsalves y Mazariegos, que ha dado ocasión a muy bellas páginas y romances a los poetas y escritores zamoranos, de los que quiero hacer mención

el de don Ursicino Alvarez Martín, que termina con esta estrofa: «La espada que Mazariegos — dió de su falta en rescate — pendiente quedó en la puerta — del palacio de Monsalve — siendo reprehensión de acero — a juveniles arranques — y en círculos misteriosos — su punta escribió en el aire — la fama de este suceso — y de estos odios los males — para enseñanza de pueblos — y asombro de las edades».

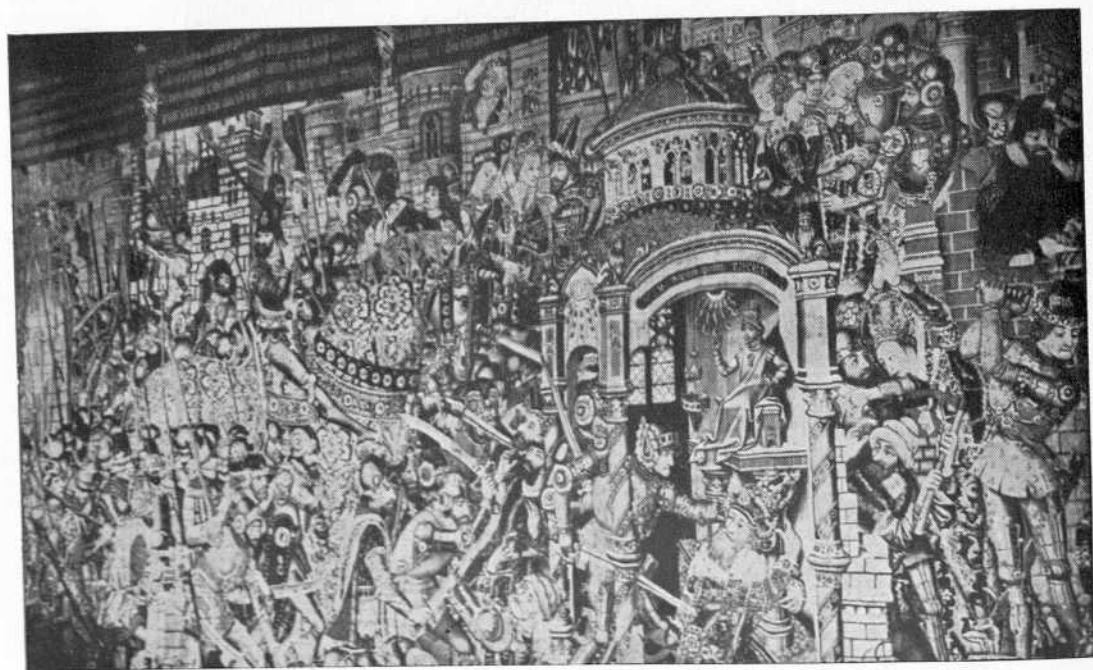
Los reinados de los Austrias, con sus bulliciosas visitas para adorar las reliquias de San Ildefonso y en las que la ciudad derrochaba gusto y riqueza en los festejos que preparaba, como el que ordena un mandato del Ayuntamiento, en el que entre otras cosas se describe en esta forma una corrida de toros; «que para encerrar los toros se haga un toril con apartamientos de madera, de piezas, que se pueda desarmar, y para cuando se echen los toros al río, después de corridos, estén prevenidos veinte nadadores que se echen tras ellos, con gregüescos y tandaz en barcas de ruan, para que en el río detengan los toros y los hundan, y hagan otras cosas de gusto, que serán mucho de ver». Los zamoranos durante todo el siglo XVI y XVII adquieren renombre universal en América y son varias las ciudades y pueblos que se llaman Zamora y otros nombres de pueblos de la provincia. Allí van a hacerse famosos Ordax, Losada, Motolinia, Mazariegos, y una pléyade enorme, que sería prolijo enumerar. Todo el siglo XVII es una continua romería con las imágenes del Viso y de la Hiniesta, toros y cañas y épocas de miseria y de abandono. El reinado de Felipe IV deja otra vez en Zamora las huellas de la guerra con el alzamiento de Portugal que contribuyó a la mayor postración de la ciudad. Durante el siglo XVIII, Zamora siguió la misma suerte del resto de España, se inclinó en la guerra de Sucesión por Felipe V a pesar de las excitaciones del almirante de Castilla, hermano del marqués de Alcañices y gran partidario del austríaco, para que siguiera el partido de éste. Declarada la guerra con Portugal, Zamora fué Cuartel General del duque de Berwick, que tuvo que retirarse ante



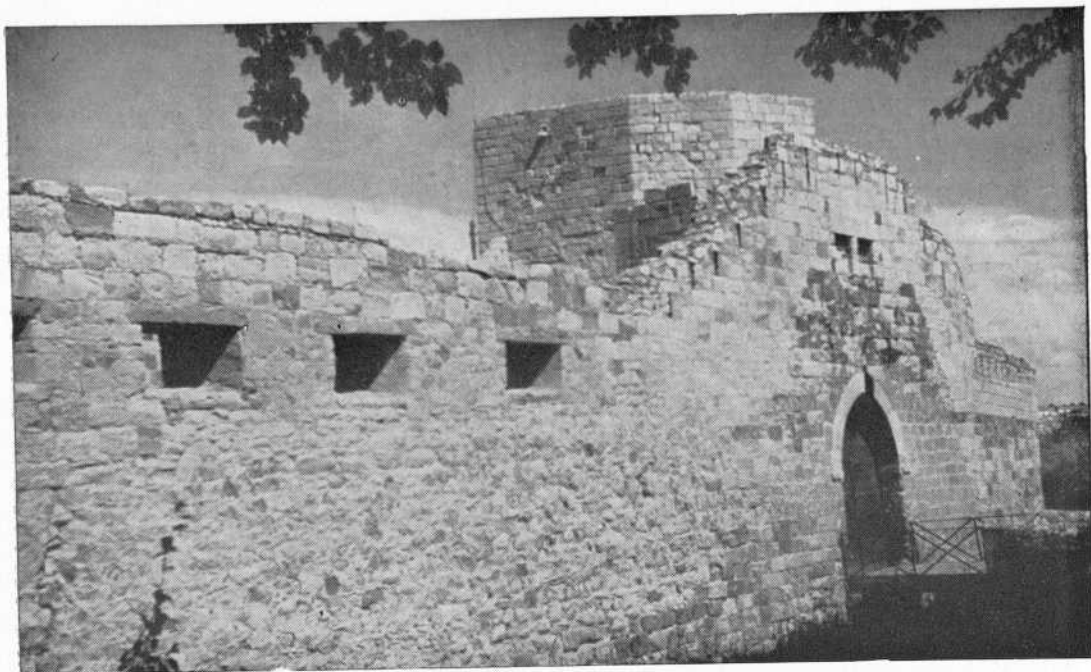
«El Cristo de las Injurias», de Gaspar Becerra. (Catedral.)



La Catedral.



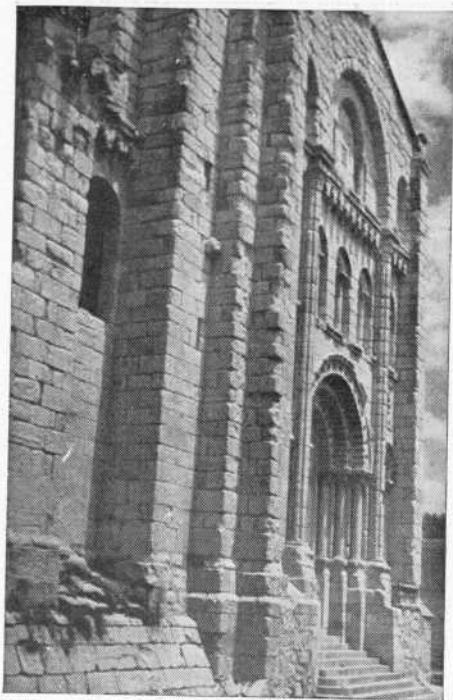
Tapiz de la guerra de Troya. («Destrucción y muerte de Príamo».)



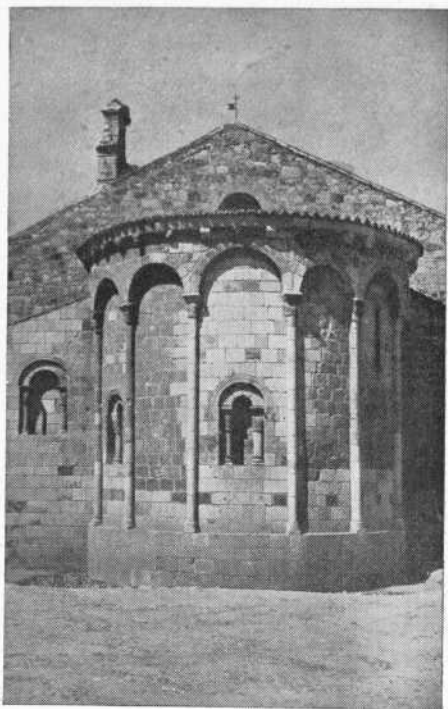
El Castillo. (Entrada.)



Residencia Sanitaria del Seguro de Enfermedad.



Puerta del Obispo. (Catedral.)



Santa María la Nueva. (Abside.)



Interior de Santiago de los Caballeros.



*«Corte de los Reyes Católicos».
(Altar de la Catedral.)*

el ejército de los aliados, compuesto de más de 40.000 hombres, no quedó fuerza alguna en la ciudad; pero el obispo don Francisco Zapata, armó a un batallón de jóvenes clérigos, agotó sus recursos y los aliados no entraron en Zamora. Las milicias zamoranas toman parte principal en el asalto de Ciudad Rodrigo. En una de las acometidas portuguesas, llegaron hasta Carbajales, que fué recuperado y escarmentando duramente al enemigo.

Durante este período, Zamora mejoró mucho en su aspecto urbano e industrial, abriéndose varias fábricas de lienzos y de mantas. Convertida en Capitanía General de Castilla, se animó con las guarniciones de Maestranza de Artillería y Parque de Ingenieros, y en la nueva guerra con Portugal, conquistó Almeida y otras plazas fronterizas.

En la guerra de la Independencia, volvió a resurgir el heroico espíritu de Numancia, y unos cuantos paisanos realizaron la locura gloriosa del Puente de Villagodio, queriendo oponerse al ejército francés, que con un regimiento de Dragones cargó sobre aquellos infelices, quedando muertos ciento treinta, y muchísimos más heridos; pero aquella locura patriótica no fué inútil, pues al general Lapisse, detenido unos días ante sus muros, le impidió acudir a su debido tiempo a Ciudad Rodrigo, viniendo a ser Zamora una especie de Lieja anticipada. Tampoco se pueden relatar los hechos temerarios de esta guerra realizada por los guerrilleros zamoranos. Por último, la misión que la providencia confió a Zamora de ser decisiva su acción, muchas veces en las grandes crisis de la historia nacional, sirviendo unas veces de defensa y otras de víctima sacrificada para salvar altos intereses nacionales, se reprodujo en nuestra Guerra de Liberación, deteniendo unas compañías de heroicos soldados al mando del comandante don José Ferrero a los mineros asturianos, en las proximidades de Benavente, ante de que pudieran penetrar en la ciudad, de la que, sin duda, se hubieran apoderado y con ello cortado las comunicaciones entre Galicia y Salamanca, amén de apoderarse de los recursos

enormes con que la provincia contribuyó al Movimiento. De este resumen hecho a vuela pluma se deduce que Zamora mereció en verdad llamarse Numancia.

ZAMORA ARTISTICA Y MONUMENTAL

I

Nada más interesante que el estudio del proceso evolutivo del arte románico en la península durante los primeros lustros de la baja Edad Media; pero ese estudio es propio de la historia general de la Arquitectura. En este modesto trabajo vamos a investigar el misterio de cómo en nuestra ciudad y en muchos pueblos de la provincia, se llegó casi repentinamente y adelantándose a toda la parte occidental, desde las tímidas y primitivas construcciones de tradición basilical romana, adulteradas con modalidades indígenas que hacen más pesados e inertes los monumentos del X, a la gallardía, esbeltez y acentos, expresivos de nuestros monumentos del XII, en los que principalmente, en la catedral, se alcanza el punto culminante, único e insuperable, ideal por el que se viene luchando desde la alta Edad Media.

El crear un tipo de templo netamente cristiano. Indudablemente el empuje vino de fuera y aunque los historiadores de Arte siguen en general la ruta y caracteres de esa influencia exterior y hasta encasillan en capítulos los sintéticos, los factores integrantes de esa evolución, cuando descienden al estudio de nuestro momento, le aplican esas generalidades, pero sin particularizar los detalles históricos propios de nuestro románico.

Así casi todos nos hablan de influencias culturales y monarcales del norte de Europa, de enseñanzas traídas de oriente por las cruzadas de Tierra Santa, de gérmenes enterrados en la alta Edad Media y que brotan en este período pletórico de grandeza social, política y religiosa, etc. Todo esto es cierto. Pero la investigación de aquel o aquellos, que plantaron en el primer tercio del XII, esa maravilla en la que se resuelven todos los problemas no

ya sólo del románico sino los iniciales del gótico, ese estudio está por hacer. Quisiera acertar en estas breves líneas en la solución de la incógnita.

No voy a hacer un estudio detallado de la Catedral; está en lo que se refiere a su planta, dimensiones y características, mil veces hecho. Vamos a fijarnos en algunos de ellos. La iglesia es de tres naves. En las laterales se abandona la bóveda de cañón, tan monótona e inexpresiva y se adopta la de arista, tan viva y armoniosa que es ya por sí sola un cuerpo articulado claro y visible; pero no se contentó el ansia de liberación con esa sonora melodía de mímica lineal; la nave central quedaría ciega y entonces la eleva para buscar la luz y encierra las capuchas de la bóveda de arista en los cruceros nervados, que al repetir en el punto de intersección el peso matemático, hacen eficaces los empujes horizontales, obligados a la verticalidad, por el equilibrio de la fuerza, cuyos puntos nerviosos descansaron, no en la columna romana sino en la pilastra magnífica, en contacto con los nervios en las bóvedas mediante columnillas pegadas a sus planos.

Los ventanales de esta nave central se abrirán sobre las cubiertas de los laterales, dejando el paso a la luz tamizada del sol. Sobre el crucero levantará la cúpula indescriptible que canta la sabiduría de su autor.

Esta apoyará el anillo sobre las pechinas de los arcos, y se irá formando con doble envoltura, una interior, que apoyará los cascos sobre los nervios mediante columnas esbeltas que flaquean sus ventanales, y al exterior haciendo brotar bulbos en torno a la bizantina media naranja, cubierta con pétreas y labradas escamas a guisa de coraza protectora contra el empuje arrollador de los siglos. Salió nuestra catedral, modelo típico y severo del templo de Dios: y el románico dió un paso tan decisivo que ya seguirá la ruta iniciada con los arcos apuntados en esta iglesia, para lanzarse como una flecha hacia el cielo creando el gótico de los siglos posteriores. Sus problemas se los daba resueltos la catedral de Zamora.

Bellísima debió salir de las manos del artista, maestro insuperable, luciendo sus tres puertas, la del norte con su pórtico, en que en el siglo XIV daba sus sentencias el Provisor, según auténtica documentación; la del mediodía, con las guarniciones de sus arquivoltas que en vez de formar arcos angulados, cierran sus lóbulos en forma originalísima, y por los magníficos relieves, en los que dejó su sello el artista de San Vicente de Avila.

La fachada del poniente, hoy cegada por la torre, tenía a su costado otra más esbelta que se cimentaba en lo que hoy es capilla de San Pablo y dejaba paso a las tres arcadas de la entrada principal, frente a la puerta de Santa Columba, acceso inmediato del puente romano, hoy destruído. La catedral de Zamora, bajo el aspecto artístico, ha sido estudiada por los más eminentes profesores tanto de España, como del extranjero, y todos encomian la sabia disposición de los elementos arquitectónicos de este templo, y muy principalmente su incomparable cúpula bizantina, única en España.

Bajo este aspecto nada se puede añadir a los magistrales trabajos de Cuadrado, Lampérez, Gómez Moreno y otros. No ocurre lo mismo respecto a la época de su construcción, o sea, bajo el aspecto histórico; y sin embargo es de importancia vital fijar la fecha en que se construyó este maravilloso monumento, que si es la que yo creo, puede sufrir una revolución la crítica del arte románico occidental de España.

No hay ningún historiador que no afirme, solamente, que don Alfonso VII, en el año 1135, concedió el traslado de la antigua sede de San Salvador a la iglesia de Santo Tomé, extramuros, mientras se efectuaba la construcción de una nueva catedral por el obispo Esteban, que la había empezado, según aparece en la inscripción sepulcral del mismo.

Ahora bien, una detenida lectura de los documentos en que se basan estos juicios, prueba sin género alguno de duda, que en ese año hacía ya diez, por lo menos, que estaba terminada la iglesia y que pasó en el 35 a sede catedralicia. No es propio de

un artículo de propaganda turística, un tema de intrincada crítica histórica y por ello, sólo muy someramente, voy a copiar algo de esos documentos, para probar mi aserción; ya que por primera vez se refuta cuanto sobre el particular se ha escrito hasta ahora. El documento de don Alfonso VII, que lleva fecha de marzo, era de 1173, sea el año 1135, dice después de las invocaciones formularias lo siguiente: «Teniendo en cuenta que la iglesia de la sede zamorana en el lugar donde hoy está situada es poco honorífico, pues por su pequeñez y por estar rodeada de casas no tiene espacio para el claustro, refectorio, dormitorio, y demás anejos necesarios, determino que debe mudarse a otro lugar más conforme con los sagrados cánones, etcétera, etcétera. Por tanto, yo Ildelfonso, por la gracia de Dios emperador de las Españas, deseando que la sede episcopal se traslade a la iglesia de Santo Tomé por el remedio de mi ánima y la de mis padres y movido a piedad por las miserias de la iglesia zamorense, se la doy a Dios Nuestro Señor y a ti Bernardo, obispo, y a los canónigos que la sirven con derecho hereditario para siempre. Esta concesión lleva incluido todo lo que a esa iglesia pertenece con sus términos, villas, campos, montes, aguas, etc.»

Como se deduce de la transcripción literal de estas palabras, no se trata de una cesión temporal sino definitiva de la catedral de Zamora que carecía de espacio suficiente para la buena marcha de la comunidad canonical a otra que reunía estas condiciones. ¿Qué iglesia era ésta? No podía ser la que aún lleva ese título, pequeño templo de influencia mozárabe situado muy próximo al río, en la puebla del valle, expuesto a continuas inundaciones y cuya repoblación fué encomendada por don Alfonso a su hijo político don Raimundo de Borgoña, el que la da un fuero en 1094. En ella estaba la sinagoga y vivían los judíos y aún se conserva el nombre de la calle de la Judería. ¿Cómo el obispo y la catedral iban a estar decorosamente en un lugar tan apartado e inseguro desconectado del núcleo ciudadano? La iglesia de Santo Tomé que cede

el rey para catedral, no era ésta, sino la magnífica del monasterio de este nombre y que según consta documentalmente, el año 1125 estaba ya concluido, aunque muy recientemente, pues en una donación que le hace la infanta doña Sancha, en esa época, lo caracteriza el documento con estas palabras: «Noviter Edificato». Se comprende ya que don Alfonso, diez años más tarde cediera el austero pero maravillosamente artístico templo cisterciense, para catedral. Así se explica los misterios de su unidad y de su belleza; era la obra que venía a ser el modelo de la escuela más fecunda del arte románico del siglo XII.

Sabido es que cuando don Alfonso VI sitió a Toledo, acudieron allí muchos caballeros extranjeros, algunos que habían estado ya en las cruzadas, para ayudarle en aquella empresa de renombre universal en toda la cristiandad; entre ellos, don Ramón y don Enrique de Borgoña, primos hermanos y sobrinos de doña Constanza, segunda mujer de don Alfonso. Don Raimundo se casa con doña Urraca y estanta la confianza del rey, que lo encarga de la repoblación de Zamora, como ya se ha dicho, y también de la de Salamanca y Avila, más tarde. Con ellos o con don Bernardo, primer obispo de la restauración, debió venir su arquitecto genial, piadoso e inteligentísimo, que es autor de la catedral, llamado Funchel o Eruchel. Su primera obra debió ser ésta, por encargo, acaso, de la misma doña Sancha que lo dota y lo acredita, de tal suerte que en esta escuela aprendieron el arte gloriosos arquitectos cuyos nombres se reseñan en el testamento de su hijo Giral Funchel; estos son: Diostamben, don Mateo, Guillermo Marconario, etc. Funchel trabajó en Avila, y en Toro, él y su hijo, construyeron infinidad de iglesias que todas reflejan la influencia zamorana y ésta más que ninguna, la de la escuela cisterciense borgoñona, acaso por influencia del propio obispo Bernardo, oriundo de aquel país, y falleció el 1149. El sello cisterciense se refleja indeleble en ella; sus muros interiores están limpios de adornos, los capiteles de sus columnas alme-

nadas, completamente lisos, la nave central solamente elevada, buscando la resistencia vertical de la bóveda en los arcos, maravillosa con reflejos de ese orientalismo que los cruzados trajeros de allá.

Ya se explica, a la luz de esta documentación, la sobriedad interior así como el desconcierto ante el realismo y perfección de algunos pequeños adornos escultóricos del muro de la Puerta del Obispo. Quedó en ellos la garra del maestro de San Vicente de Avila, del que aprendió el arte el genial Mateo de la Puerta de la Gloria, de Santiago y los que reconstruyeron por encargo de doña Sancha, en 1149, parte de San Isidoro, de León. De la escuela de Funchel, planeados por él o por su hijo Giral, son la Magdalena, la Horta, Santa María de Benavente, San Martín de Castañeda y, sobre todo, el monasterio de Morerueta, al que se trasladó el abad Pedro y algunos monjes de los que habitaban el que se llamó de Santo Tomé y a los que el Cabildo, en 1146, prestó dinero para su edificación.

Con estas indicaciones someras ya se vislumbra el inmenso campo que se abre a la investigación histórica del arte románico del siglo XII y la importancia capital de nuestro templo catedralicio.

II

En los párrafos anteriores se ha delimitado la catedral bajo el aspecto artístico, arquitectónico e histórico. Penetremos en su interior. Lo primero que notamos es una impresión de desconcierto al contemplar el estilo de la capilla Mayor, tan distinto al resto del templo, y su altar es neoclásico, de mármol de colores y bronce suntuoso, pero ajeno a la capilla y a la catedral. Derruidos en el siglo XV los ábsides románicos para ser substituídos por otros góticos, el retablo que entonces se colocó a finales del siglo XV, era uno magnífico de tablas pintadas por Fernando Gallego; pero habiendo acordado el Cabildo, en 1712, substituir éste por otro del estilo barroco, que en aquella época imperaba, se ajustó con Joaquín de Chu-

rriguera en la cantidad de cinco mil ducados el que había de substituir al de Gallegos, que se vendió a la iglesia de Arceñillas, en 1718, en tres mil doscientos cuarenta reales pagados en granos en varios plazos, según ha probado documentalmente el que esto escribe.

Este retablo, ya colocado en la referida iglesia de Arceñillas, se quemó, sobre todo, completamente, la parte central, que sería la más valiosa, y aun se conservan quince magníficas tablas, colgadas en la pared de dicha iglesia. El nuevo de la catedral era, al parecer, de tal colosales proporciones, que a los pocos años hubo necesidad de desmontarlo porque peligraba la bóveda, de la que, por lo visto, estaba colgado, y se substituyó por el actual, obra de un arquitecto, don Andrés Berda, que cobró 161.000 reales.

¿Cómo no reseñar, aunque sea sólo a modo de índice, cuanto en escultura, arte sepulcral, talla, rejería, pintura y orfebrería encierra la catedral?

Los aficionados a las obras de hierro pueden admirar las maravillosas rejas góticas de la capilla mayor y lateral, así como las del coro y sus púlpitos, forjados por artistas anónimos y decorados más tarde por los zamoranos Roque Pérez y Alonso de Acosta.

La talla se ostenta con profusión tal que adquiere caracteres de una gigantesca sinfonía, sobre todo en el coro, según lo calificó un insigne literato portugués, y en verdad que esa sensación produce por la armonía de su conjunto, por la variedad de sus motivos, por la delicadeza de sus esculturas. En él está representado el mundo pagano, con sus sibilas y poetas; el pueblo judío, con sus videntes y sus reyes; el mundo nuevo, presidido por Jesús, con sus apóstoles, sus mártires, sus doctores, sus vírgenes y sus glorias y pesadumbres. Una suma teológica y escriturística, tallada en madera, que canta un inmenso poema que empieza en el paraíso para culminar en la gloria.

El plan es el triunfo del espíritu sobre la materia y los artistas acumularon en los ochenta relieves de los espaldares de las ochenta sillas los santos más representati-

vos del santoral cristiano, y en los intercolumnos las estatuas más bellas y finamente esculpidas que pueden imaginarse; pero en las misericordias una gubia no herética, pero sí erasmista, trazó en caricaturas del vicio, no el vencimiento de éste, presentándolo en toda su fealdad, sino la sátira más brutal y picaresca contra monjes y religiosos, y no se concibe que tales desmanes se permitieran bajo el pretexto de su indudable perfección artística. Eran muy tolerantes los canónigos de aquella época, entre los que había varios muy aficionados a la lectura de Erasmo, como el mismo obispo Valdés, que costeaba la obra y que, acaso, mandaría de Roma, donde residía, los artistas más imbuidos en las máximas renacentistas, casi paganas de aquel triste período. No sabemos quiénes fueron los ejecutores de tan grandiosa obra, que por su estilo, muy parecido al del coro de Astorga y Plasencia, puede atribuirse a la escuela de Rodrigo Alemán; pero habiendo desaparecido, en 1601, con motivo de un incendio en el archivo, la documentación anterior, no ha quedado dato alguno documental sobre este asunto.

Don Juan Grado era un canónigo de Zamora, del que sabemos fué hombre de muchas letras y buen gusto. Lo primero, lo acreditó en Salamanca, de cuya Universidad fué catedrático, y lo segundo, con el magnífico sepulcro de la capilla de San Juan, restaurada por él en vida. La fecha de su testamento de 1507, y el cual no fué abierto hasta su fallecimiento, en 1543, nos indica la época de esta joya. Efectivamente, en este testamento ya consta la capilla, y lo único que en él se dispone de nuevo es el régimen de la misma respecto a la elección de capellanes y sufragios que en ella han de celebrarse. La obra sepulcral es maravillosa, y puede creerse que se hizo en la misma época en que se tallaba el coro y acaso por el mismo artista que cincelaba las portadas de piedra de aquél. El simbolismo bordado en la piedra nos recuerda las obras de Gil de Siloé, sobre todo del retablo de la cartuja de Miraflores y el de Santa Ana de la catedral de Burgos. En el sepulcro del doctor Grado se esculpe la genealogía de la Virgen, arrancando el tron-

co del árbol de Adán y ascendiendo por David y Salomón, según lo trata San Lucas, para unirse las dos líneas de la Virgen y de San José en Zorobabel. La imagen yacente del doctor, que está debajo de este ramillete de piedra, hecho libro escriturístico, es de alabastro, con detalle en su primoroso traje sacerdotal, que vuelven a recordar los preciosismos de Siloé o de Emberres. El tablero de la urna es originalísimo, pues el diseño, sin duda debido al mismo doctor, hace reunir, en unas figuras muy expresivas e ingenuas, a los dos Juanes, Bautista y Evangelista, presentándolo a él ante la Virgen, que se muestra sentada con el Niño en sus brazos, oyendo un laúd que tocan los ángeles. Todo el conjunto es suntuosísimo y de una limpieza de ejecución que no deja nada que desear.

Otro aspecto del arte, que pudiera llamarse zamorano, es el de las pinturas en tabla de Fernando Gallego. Este no nació en Zamora sino en Salamanca, hacia 1440, pero es zamorano por haber gestado aquí sus mejores obras.

En el retablo de la capilla del Cardenal, campea, junto al hieratismo y rigidez tradicional del período anterior, un mayor gusto en la composición, una riqueza de colorido y un suave claro oscuro que encubre y disimula la incorrección del dibujo; pero, sobre todo, en él más que en ninguna de sus obras anteriores, se observa ese gusto por los trajes suntuosos y esa paciencia del miniaturista, bordando las amplias vestiduras pontificales con primores y coloridos de una deslumbrante joyería. Es un verdadero preciosista, un mago del adorno, pero sin las extravagancias de sus modernistas discípulos. Hay también en las figuras de mujer de este retablo una jugosa y atrayente simpatía en los rostros, una bondad que transpira, sobre todo en la fisonomía de la Virgen, con fulgores de alma inocente, y esas figuras son retratos venerandos de un ejemplar de mujer de nuestra raza, que sólo puede ya contemplarse en las tablas de los pintores castellanos del XV y del XVI. El asunto que en él se desarrolla son escenas de la vida de San Ildefonso; en la tabla central

aparece la Virgen imponiéndole la casulla. El cardenal donante se arrodilla ante ella presentado por un ángel. La aparición de Santa Leocadia; la invención del cuerpo de San Ildefonso en Zamora y, en las demás tablas, escenas en las que actúan San Juan Bautista y San Juan Evangelista. En las predelas, magníficos retratos, sobre todo del cardenal, esculpido en la figura de San Jerónimo.

Otro retablo notabilísimo, que es el del trascoro, obra de alguno de los pintores de cámara de los Reyes Católicos, ofrece una singularidad en la que nadie ha reparado. Es que todas o casi todas las figuras que en él se agrupan son retratos de personajes de la corte. El asunto es la gloria, en el centro se muestra la figura de Cristo bendiciendo, y, en torno a Él, los ángeles que gozan de su visión. Las primeras y más próximas son los reyes; junto a ellos los infantes; bajo la apariencia de San Miguel, el príncipe don Juan; allí está el cardenal Mendoza, con su traje cardenalicio, y otros muchos personajes que no he podido identificar por carencia de medios adecuados.

Lo característico de este monumento es su cimborrio y la puerta del mediodía. Aquél, a juicio de todos los inteligentes, no tiene rival en España. La media naranja la marca el anillo montado en pechinas que se apoyan y cubren los vanos de los arcos torales. Rasgan la osamenta pétreo unas maravillosas ventanas, por las que entre arcos bellísimos, apoyados en finas columnas, se filtra la luz al interior, iluminando el artístico cruce de los nervios que sostienen los cascos sobre los que al exterior lucirán imbricaciones o escamas guardadas durante más de dos siglos bajo una capa de cal. Graciosos capulines acompañan como corte de honor a la linda encubierta, que contempla su hermosura en el espejo de las aguas tranquilas y transparentes del Duero.

La Puerta del Obispo encadena la atención de toda persona de gusto por su elegancia y sobriedad, por las guarniciones de sus arquivoltas, que, en vez de formar arcos angrelados, cierran sus lóbulos para constituir un adorno caprichoso y origi-

nal, y por los dos magníficos relieves que, sobre todo en el elemento fitario, se adelantaban a su época, desconcertando mucho que pudiera un cincel, todavía en la infancia, ejecutar obras tan realistas y finas, dándonos una prueba más de la identidad de este artista o de su escuela con el de San Vicente de Avila. El artista había creado ya otras obras de carácter religioso, pero en ninguna dejó con tanto relieve como en la catedral de Zamora esa distinción sonriente y grácil, esa agilidad y alegría, por la que se hace destacar la fusión amorosa del Oriente y del Occidente, que estampó en ésta, como reflejos del Bósforo en su cúpula maravillosa la sonrisa oriental en la fachada del Mediodía, y la serenidad y robustez del Occidente en los recios muros de dorada piedra y en la fortaleza de su inexpugnable torre.

Antes de separar nuestra mirada de esta maravillosa Puerta, y de los relieves magníficos, cuya contemplación tanto extasia a los inteligentes, volvamos a penetrar en su interior para contemplar algunas esculturas de atractivo singular. Entre ellas no puede omitirse una virgencita de medio cuerpo, contemplando al Niño Divino. Esta imagen procede del convento de Santa Clara, de Toro, muy bellamente estofada y cuyo modelado puede atribuirse a un escultor muy afín a la escuela de Gregorio Hernández. Fué donada a más de las dos magníficas tablas que se guardan en la sala Capitular, por el fallecido arcipreste de la misma, don Bartolomé Chillón. Las tablas, una representa a Jesús en brazos de la Virgen y sostenido por San Juan y a sus pies la Magdalena. El otro, representa a San Jerónimo en el desierto, flamenco de la escuela de Bruselas de principios del XVI. Lástima que por una mano inexperta se repintara el primero, y al segundo se le colocara una imagen de la Virgen que impide contemplar el bello paisaje que le sirve de fondo. Omitiendo la reseña de esculturas y pinturas de poca importancia, se destacan, con singular relieve, tres joyas de inmenso valor. En la primera, la imagen de Nuestra Señora de la Calva, que ocupa el altar plateresco del Evangelio, en la capilla Mayor, y que lleva el se-

llo inconfundible del maestro que talló el San Juan de la Puerta de la Gloria de Santiago. Para mí, esta maravillosa escultura del siglo XIII no ofrece duda que ostenta influencias de aquel don Mateo, que aprendió su arte en la escuela de Eruchel o Funchel, arquitecto de la catedral. Esta ha sido descrita por varios maestros, entre los que descuella el señor Gómez Moreno, cuyas palabras quiero dejar aquí consignadas: «La imagen de Nuestra Señora de la Calva o de la Majestad, colocada en su retablo a la izquierda del crucero, hecha con piedra arenisca y de tamaño mayor que el natural, pues sentada como se la presenta mide 1,62 metros de alto, es verdaderamente maravillosa. Gallardía y desenfado vistos pocas veces en la imaginería de entonces, se derrochan en ella de tal suerte, que costó trabajo acceder a reconocerla intacta y sin adobo del cincel moderno, hasta que, mediante un examen prolijo, llegamos a la evidencia de que, aparte la renovación de su pintura, hecha en el último tercio del siglo XVI por el mismo que estofó el retablo, la poseemos tal como a fines del siglo XIII surgiera. Los ropajes desarrollan una opulencia de líneas admirable; el rostro de la Virgen, aunque desamparado por la menudez de sus facciones, rebosa ingenua majestad; el Niño, graciosísimo y encantador, presagia la amabilidad que a este asunto había de atribuir el siglo inmediato: ya no se dirige al pueblo bendiciendo, sino que, vuelto hacia su madre, tiende a acariciarla con su diestra y sostiene un pequeño globo; ella ostentaría cetro, armonizando con su corona real; huella bajo sus puntiagudos zapatos un dragón, cuya cabeza falta, y de trono le sirve un escaño con su cojín. No conozco otra imagen española de su tiempo y clase capaz de rivalizar con ella, y de antes, quizá sólo sea digna de equipararsele, otra igualmente desconocida, la Majestad, en la catedral de Burgo de Osma». Efectivamente, es verdad, como cree el señor Gómez Moreno, que ésta se pintó o policromó y yo he descubierto el documento original en que así consta su fecha,

en 1586, hecha por Quirós, y que llevó 50 ducados por su trabajo.

Otra talla maravillosa es el Santísimo Cristo, llamado de las Injurias, obra magnífica de Becerra y, por lo tanto, del siglo XVI. Yo he probado hasta la saciedad que, contra lo que opina el señor Gómez Moreno, y sin que crea es irreverente ir contra su autoridad, que todos reconocemos, crea que está bastante probado que este Cristo, que Palomino contempló en la iglesia de los Jerónimos, de donde procede, y fué depositado en la catedral, después de la exclaustación de los mismos, es la obra más genial de Becerra, y que tiene antología muy evidentes con el Yacente, que este mismo escultor talló para las Descalzas Reales de Madrid, y en cuyo monasterio se conserva. Este magnífico crucifijo, que inspira devoción y reverencia extraordinaria, representa el momento de la expiración, con una perfección anatómica y una angustia tan realista, que impresiona a todo aquel que lo contempla unos minutos. En Zamora es la imagen de Cristo crucificado de mayor veneración y hay una cofradía, llamada del Silencio, que tiene por objeto darle culto y recorrer las calles de Zamora en la noche del Miércoles Santo con el mayor silencio y compostura, siendo uno de los espectáculos que más impresiona a todos los que vienen en esa época a contemplar nuestra Semana Santa. Hay otras muchas maravillas dentro de este artístico centro que, por no extender más este trabajo, omitimos, ya que abundan las monografías que han tratado este tema.

EL MUSEO CATEDRALICIO Y LA EXPOSICIÓN DE TAPICES

La valiosísima colección de tapices flamencos del siglo XV que posee la catedral de Zamora, sólo podía admirarse en el día de la octava del Corpus, en el que el claustro se engalanaba con ellos. Claro es que algunos inteligentes en arte lo sabían y acudían a recrearse en la espléndida visión de unos paños sin rival en el mundo. El Cabildo, no obstante, con vehementes

deseos de que se vulgarizase ese tesoro, comisionó a un inteligente compañero, ya difunto, y al que esto escribe, para formar su catálogo, analizando, tanto técnica como históricamente, su valor artístico. Las modestas, aunque laboriosas investigaciones, forman el libro que lleva por título «Los tapices de la catedral de Zamora», y que está ya completamente agotado. No creyó, sin embargo, el Cabildo, que aun llevando el libro fotocopias de todos los tapices, podía satisfacer y saciar las ansias de los aficionados a esta faceta de las artes suntuarias, y pensó en realizar el sueño, mucho tiempo acariciado, de exponerlos de un modo permanente y en adecuado lugar.

El local, insuficiente para dar cabida a toda la colección, lo forman tres salas de una dependencia inmediata a la catedral, recientemente arreglada, que tiene acceso por una magnífica escalera de granito montada al aire. Aprovechando un holgado lienzo de pared del último de sus tramos, puede ya admirarse ese rico e incomparable tapiz de la historia de Tarquino, que si no embelesara por la grandeza de su composición, la riqueza de sus matices, la corrección de su dibujo y lo sugestivo y noble de todas sus figuras, haría siempre detener la vista, complacida ante la arrogante y gentil figura del ballestero, que se destaca en primer plano, como un fino relieve policromado.

La primera estancia, más amplia, la ocupa, en la totalidad de su lienzo derecho, el tapiz de la colección de Troya, en el que se dibuja la destrucción de aquella ciudad, y en el que se destaca, llenando la parte de la izquierda, el gran caballo de bronce cabalgado por Sinón, enjaezado con paramentos lujosísimos y de una suntuosidad deslumbradora, que sólo cede en colorido ante la multitud de guerreros, damas, edificios, etc., que se agrupan en la parte superior, o se estrujan en el plano inferior. La muerte de Príamo, inmolado por Pirro en el templo de Apolo (caprichoso edificio, en el que se mezcla de una manera extraña lo gótico y lo clásico renacentista), adquiere en el tapiz tonalidades de realismo primitivo. Los demás

espacios de este primer salón se cubren con tapices de las guerras de Aníbal, y unas vitrinas, en las que se han colocado interesantes documentos, pergaminos y privilegios rodados desde Fernando II hasta los Reyes Católicos; curiosidades paleográficas, fueros y cartas pueblas, etcétera; los huecos pequeños los llenan algunos cuadros, obras de orfebrería y una preciosa y delicada virgen de mármol, que el señor Gómez Moreno atribuye al artista burgalés Bartolomé Ordóñez, autor de maravillosas obras en Granada, Barcelona, etc., en los primeros años del siglo XVI. En el centro de esta sala se destaca una gran mesa de nogal, de pies profusamente tallados, de gusto barroco.

En los otros dos salones lucen los paños «de la Viña», flamencos, del siglo XV, de factura finísima y curioso simbolismo, y algunos de otras series menos apreciables, así como los restantes de Troya, para los que no hay calificativo, y cuya descripción se omite por estar detalladamente hecha en el libro mencionado.

En el centro del mismo salón, y bajo elegante vitrina de armadura de hierro forjado, obra del artista zamorano señor Laguna y donación de don Pedro del Castillo Olivares, se ostenta la primorosa custodia gótica, obra también de un habilísimo orfebre zamorano del siglo XVI, y del que sólo se sabe que se llamaba Claudio.

Algunas otras curiosidades se han expuesto, más para llenar decorosa y armónicamente algún hueco, que por su valor artístico; pero no desentonan en aquel conjunto suntuoso, al que dan carácter de regia mansión los paños que revisten las paredes.

El pavimento es de alambrilla, en consonancia con la techumbre, del siglo XVII, completándose la parte decorativa con una delicada varilla salomónica, que aísla los paños del público, sostenida en artísticos soportes de hierro forjado, de recio sabor español.

Estos tapices no han sido estudiados aún como merecen. Nosotros, sin preparación especial, hicimos un trabajo de conjunto; pero hay en ellos aspectos curiosísimos y

de una gran novedad, que ofrecen agradables sorpresas al que, con conocimientos y medios, se consagre a detallarlos. Tal sería, por ejemplo, el de la rica, extraña y variada indumentaria, y aún más la pesquisa de los personajes contemporáneos, que el artista ha querido retratar bajo el disfraz de Héctor, Aquiles, Elena, Priamo, etc. Qué lances caballerescos, qué escenas de bizarría, qué episodios bélicos se encarnan en las peripecias de la guerra de Troya. Pues algo de esto, sin duda, representan esos cuadros, como lo indican los escudos que portan los caballeros y las naves, de cuyo conocimiento vendría con facilidad el de los personajes que en los episodios actúan.

Estudio es este digno de un especialista en la historia de los países flamencos y del norte de Francia, que acaso en tan artísticos documentos encontrara un copioso arsenal de crítica histórica.

A nosotros nos basta con haber abierto a la afición nobilísima de los amantes del arte una escuela que, si modesta en su presentación, es incomparable por su contenido artístico, y acaso único museo de tapices que, por lo menos en España, existe.

ITINERARIO ARTÍSTICO

Despidámonos desde el claustro de la gallarda cúpula, que se ofrece a nuestra vista a través de unos frescos laureles y, saliendo por la puerta del atrio, dirijámonos por el parque magnífico de Mola a contemplar ese viejísimo inválido, el Alcázar, cien veces demolido y reedificado y cuyas piedras han contemplado todos los sucesos ruidosos que forman la trama de la épica de Zamora. Episodios como el de Teresa Gómez, ya reseñado, a quien rinde el amor maternal; escenas como la de Ocampo, combatiéndolo con la saña que enciende las banderías de su familia, y los Valencia; refugio de reyes y princesas; reformado por Felipe V y convertido en variados usos, impropios de su alcurnia ancestral. Ahí está aún para que desde su torre del Homenaje contemple el curioso la jugosa campiña y el Campo

de la Verdad, palenques de las gestas del Romancero. Se puede ya salir del recinto amurallado por el recientemente abierto Portillo de la Traición; pero es más interesante retroceder, volviendo a la plaza de la catedral, para desde allí elegir dos itinerarios. Uno, al que os invita una estrecha calle que se abre con un arco que sirve de pasadizo a las Comendadoras de San Juan, y os lleva por entre casas antañonas a la que fué Plaza de Santo Domingo, que en otros tiempos encuadraban viejos palacios y antiquísimos monasterios. Aun se puede ver, siguiendo por debajo del arbotante de San Ildefonso, la antigua portada románica de la primitiva iglesia y los arranques donde estuvo la puerta de San Pedro, que abría por la cuesta del Pizarro la entrada al antiguo suburbio, que se llamaba la Puebla del Valle. El otro itinerario nos llevará al Barrio de Olivares, mas antes de penetrar por el arco de este nombre, dirigid una mirada al palacio del Cid, que, a la izquierda, muestra sus ruinas. Al pasar por la puerta, mirad al muro dorado y carcomido del antiguo palacio real y en él un primoroso ajimez completamente tapiado. Desde aquí podemos ya contemplar la portada de San Claudio, compuesta de arcos concéntricos apoyados alternativamente en columnas salomónicas, lisas y estriadas, interesantes sobre todo por los adornos variadísimos de su arquería o arquivolta, que, aunque muy deteriorados, aun puede seguirse en sus relieves la trayectoria de una fantasía exuberante, pues en ellos se recogen las alegorías propias del románico más primitivo y las escenas de vida corriente, con todo su encantador realismo, desde el pollino cargado de leña hasta escenas de pastoreo y de caza a usanza de aquella edad. Del interior son notabilísimos los capiteles del arco toral, y de ellos se han ocupado muy extensamente los maestros del arte.

Desde San Claudio a Santiago hay poco trecho. Esta legendaria iglesia se quedó sin historia en el *Catálogo Monumental* del señor Gómez Moreno por un error de lectura de un documento, en el que se hace donación a la catedral de este templo, y,

en vez de leerse en él, situado en la parte occidental, se leyó en la parte oriental, y, por ende, la confunde con Santiago del Burgo. Santiago el Viejo ya existía en 1168, y el documento la sitúa y fija en la parte occidental, en un suburbio zamorense, si no también frente a la puerta de Santa Columba. No hay duda, pues, que se refiere a esa vieja iglesia, que canta el Romancero, en la que se armó caballero el Cid, y en cuyas cercanías fué muerto por Bellido Dolfos don Sancho II, el Fuerte. Su entronque con el románico asturiano es evidente, y su planta seguramente corresponde a los tiempos de Alfonso III. Desde aquí podemos seguir, por las orillas del río, hasta la antigua Puebla del Valle. Ya nos encontramos en la plaza del Zumacal, y, pasada ésta, frente a la iglesia de Santo Tomé, de planta y reminiscencias visigodas, recientemente restaurada y muy digna de visitarse. Volviendo atrás, nos espera Santa María de la Horta, que, como su hermana la Magdalena, conserva aún su ábside interior con sus arquitos, hornacinas, columnas pareadas y mesa de altar, como en los días de su construcción, y el ábside exterior luce tres ventanas de gran elegancia, entre esbeltas columnitas sobriamente adornadas. Pasamos por las calles que se llaman y llevan nombres tan evocativos como Alfamareros, Caldereros, Platería, Zapatería, para llegar a una plazuela encantadora, rincón inolvidable, con una iglesia que aun conserva su antiguo osario; un palacio del XVI, en cuya fachada monumental campea, cubriendo el escudo de los Maenzas, un gran cordón de San Francisco, muy bellamente cincelado, que proclama la devoción del que edificó aquella casa. Y como si esta plazuela no tuviera otro fin que servir de punto de mira, al levantar nuestros ojos, vemos en lo alto, entre los arbustillos que nacen junto a un viejo adarve, la torre de San Cipriano, con su venerable chapitel de pizarra, que nos invita a subir la cuesta, antigua calzada que enfilaba el puente, para contemplar las originalidades de este templo, y, principalmente, la extrema delicadeza de aquella ventana, o más bien saetera, hecha indudablemente para velar

desde ella y vigilar el magnífico puente que aun conserva su grandeza. Sigamos hasta Santa María la Nueva y, después de contemplar su puerta, con arco de arquitectura mozárabe, y su ábside, evocador de la tragedia del motín de la Trucha, continuemos por la calle de Orejones hasta el llamado Arco de doña Urraca y su caserón inmediato, pudiendo subir después por la Cárcaba o Costanilla, foso antiguo que cerraba el paso a los que intentaban asaltar los muros que defendían el casco de la ciudad.

Aun nos quedan varios itinerarios artísticos. Hay que contemplar aunque no sea más que la portada de la iglesia de la Magdalena, en la que el artista agotó todos los primores de su fantasía y del arte románico, influenciado por bellos orientalismos; su arquivolta más parece bordar en las filigranas de sus lóbulos los primores de la encajería fastuosa de los árabes granadinos, que no trabajado por el cincel en material de contextura pétreo. En su interior, a más de otras maravillas, destaca un sepulcro del siglo XII, que no tiene par en España, y cuyos misterios están aún por descifrar. En mi opinión, el lucillo que cobija bajo su arco un relieve en el que se destaca, en un lecho suntuoso, la imagen de una mujer incensándola dos ángeles, es una representación de la dormición de la Virgen. Aun nos queda Santiago del Burgo, cuya puerta parece hecha para que los aficionados a crucigramas descifren cómo lo que debía de ser parteluz se convirtió en clave del arco, trabajando hacia abajo y dando la impresión de un precioso capitel suspendido en el aire.

Y, por último, haciendo omisión de San Esteban y San Antolín, con su Virgen de la Concha, que tiene una historia tierna y poética, así como de San Vicente, en parte del siglo XIII, terminemos esta ligera reseña ante la fachada gótico-florida del palacio llamado de los Momos, de opulencia renacentista, con modalidades de nuestro estilo isabelino. No termina aquí el atractivo de la ciudad del Duero. Tiene pequeñas plazas, que invitan a evocar sueños poéticos, rincones de insuperable belleza; sugestionadores motivos de inspiración ar-

tística, que harán siempre de ella una de las más interesantes ciudades de España.

ZAMORA Y LA SEMANA SANTA

La Semana Santa es, en Zamora, la semana por antonomasia. Toda ella se pone en movimiento, y una fiebre de actividad transpira y palpita en plazas y calles, en sus talleres y templos, en todos los centros de trabajo, de cultura y de arte. Sus procesiones son las auténticas procesiones litúrgicas y las más acomodadas a la realidad histórica. Salen, si se exceptúan dos de ellas, más modernas, en los días y con los grupos representativos de las escenas de la Pasión, que en aquélla se conmemora. No hay estridencias; no turban el ambiente, apacible y silencioso, los desgarradores y agudos lamentos de la saeta andaluza, ni los gritos casi tumultuarios de la alegre región levantina. No, aquí se reza, se calla y se va en procesión, no en alegre romería. Hay alguna, como la del Silencio, que al contemplar la maravillosa imagen del *Cristo expirante* de Becerra y el recogimiento de sus cofrades, contagia al público en forma tal, que no se percibe ni el más insignificante rumor en los compactos grupos de miles de personas que presencian su desfile en plazas, calles y balcones.

Desde el domingo de Ramos, en cuya tarde la bullanguera turba infantil, bajo la vigilante mirada de los penitentes terciarios franciscanos, acompaña con palmas y laureles al popular paso de la Borriquita, ya no cesa el desfile de las magníficas tallas o agrupaciones artísticas representativas de la Pasión del Señor. Después, el Nazareno de San Frontis, que viene cruzando el puente sobre el Duero, hasta encontrarse en San Andrés con la Virgen de la Esperanza, y regresar después de un fervoroso triduo a su iglesia en la noche del Martes. La de Jesús en la Tercera Caída, cuyos cofrades son excombatientes de nuestra Guerra de Liberación, acompañando con un fervor extraordinario el valioso paso que representa esta circunstancia evangélica, debido a la gubia maestra de Quintín de la Torre. El juramento, que los si-

lenciarios del *Cristo de las Injurias*, obra insuperable de Becerra, hacen a la sombra de la joya bizantina del XII, el Miércoles, antes de su ejemplar procesión, recibido por el Ilmo. señor Obispo y teniendo por testigos mudos todo el pueblo zamorano y la torre románica, que acompaña al acto, con la voz sonora y majestuosa de sus lentas campanadas, trayendo el recuerdo de tantas gestas gloriosas. Después, el peregrino puede saturar su espíritu, ávido de emociones religiosas, presenciando el desfile de grupos escultóricos, debidos unos a artistas consagrados, como Benlliure, y otros a los que, sin tener el destaque de éste, ni su técnica académica e insuperada, gozan sin embargo de un don que imprime a sus esculturas ese ímpetu naturalista, caliente, emocionado y opulento que tan populares hizo a nuestros imagineros del XVII. Tales son los magníficos grupos de nuestro don Ramón Alvarez. Sin más orientaciones ajenas que las que pudieron darle en una modesta escuela de dibujo de esta ciudad, y algo adquirido en Madrid, tuvo arranques, genio y valentía para esculpir el Descendimiento, la Caída, Longinos, la Virgen de las Angustias y hasta doce grupos más, que salen en estas procesiones. En todos se destaca una concepción gradiosa, una ejecución limpia y natural y una espontaneidad dinámica en el agrupamiento y altitudes de las figuras, que hacen del señor Alvarez un portentoso artista que todo lo aprendió en su propia escuela. Pasma pensar adónde hubiera llegado si, disponiendo de medios económicos, hubiera podido estudiar directamente los modelos consagrados por el arte: aun así, su fino instinto artístico le impele a seguir las huellas de nuestros imagineros gloriosos, y sus Vírgenes y Cristos tienen aquella actitud, dignidad, modestia y unción que caracteriza a la escuela castellana de Hernández. De éste, también desfila en nuestras procesiones *el Yacente*, que recorre, bajo un silencio impresionante, acompañado por sus cofrades descalzos, las más viejas rúas de cuevas empinadas y de duro empedrado. Esta imagen, y la de Becerra, son los exponentes mejores que guarda nuestra ciudad del

arte del XVI y del XVII. *El Descendido*, de Benlliure, obra de éste cuando era casi un niño, lleva ya la garra del león; transpira el genio a través de aquellas tallas, aun tímidas y vacilantes, genio que culminará con la perfección, completamente lograda en cuanto alarde técnico, en el paso llamado de *la Redención*.

Completan esta interesantísima rememoración del drama del Calvario otros grupos muy interesantes de los artistas don

Ramón Núñez, Aurelio de la Iglesia y Ricardo Segundo. Desfilan estas procesiones entre la reverente devoción de las muchedumbres, por calles cargadas de historia, que nos hablan de nuestras glorias pasadas y del fervor de nuestros progenitores.

Venid a Zamora en estos días de recogimiento; en el silencio de sus viejas rúas encontraréis un sedante para vuestro espíritu y el afecto cordial de este pueblo acogedor, apacible e intensamente cristiano.

INDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Recordatorio histórico	3
El «Día de Zamora»	5
Almanzor	7
Zamora artística y monumental	17
El Museo Catedralicio y la exposición de tapices	23
Itinerario artístico	25
Zamora y la Semana Santa	27

TITULOS PUBLICADOS

- N.º 1.—Vista, suerte y al toro.
 N.º 2.—Fiestas y ferias de España.
 N.º 3.—Artesanía.
 N.º 4.—Los territorios españoles del Golfo de Guinea.
 N.º 5.—El crucero «Baleares».
 N.º 6.—Falla, Granados y Albéniz.
 N.º 7.—Conquista por el terror.
 N.º 8.—España en los altares.
 N.º 9.—La gesta del Alto de los Leones.
 N.º 10.—Ex combatientes.
 N.º 11.—La batalla de Teruel.
 N.º 12.—Vida y obra de Menéndez y Pelayo.
 N.º 13.—Residencias de verano.
 N.º 14.—Españoles esclavos en Rusia.
 N.º 15.—La batalla del Ebro.
 N.º 16.—Clima, suelo y cultura.
 N.º 17.—Eliminados.
 N.º 18.—La batalla de Brunete.
 N.º 19.—La industrialización de España.
 N.º 20.—La casa tradicional en España.
 N.º 21.—El general Yagüe.
 N.º 22.—Museos.
 N.º 23.—Oviedo, ciudad laureada.
 N.º 24.—Frente del Sur.
 N.º 25.—División Azul.
 N.º 26.—Donoso Cortés (2.ª edición).
 N.º 27.—Regeneración del preso.
 N.º 28.—La «semana trágica» de Barcelona.
 N.º 29.—Calvo Sotelo (2.ª edición).
 N.º 30.—Bordados y encajes (2.ª edición).
 N.º 31.—Seis poetas contemporáneos.
 N.º 32.—El general Mola (2.ª edición).
 N.º 33.—Mapa gastronómico.
 N.º 34.—Orellana, descubridor del Amazonas.
 N.º 35.—«Yo, el vino» (2.ª edición).
 N.º 36.—El teatro.
 N.º 37.—Victor Pradera (2.ª edición).
 N.º 38.—El Alcázar no se rinde (2.ª edición).
 N.º 39.—Onésimo Redondo (2.ª edición).
 N.º 40.—Ciudades de long (2.ª edición).
 N.º 41.—Nuestro paisaje (2.ª edición).
 N.º 42.—Fray Junipero Serra.
 N.º 43.—Pedro de Valdivia.
 N.º 44.—Andalucía (2.ª edición).
 N.º 45.—Marruecos.
 N.º 46.—Agricultura y Comercio (2.ª edición).
 N.º 47.—Escritores asesinados por los rojos.
 N.º 48.—Baleares (2.ª edición).
 N.º 49.—El comunismo en España.
 N.º 50.—Luchas internas en la Zona Roja.
 N.º 51.—Navarra.
 N.º 52.—Cataluña (2.ª edición).
 N.º 53.—La Marina Mercante.
 N.º 54.—Las «checas».
 N.º 55.—El mar y la pesca.
 N.º 56.—Rosales.
 N.º 57.—Hernán Cortés.
 N.º 58.—Españoles en Argelia.
 N.º 59.—Galicia y Asturias.
 N.º 60.—Leyes fundamentales del Reino. (Tercera edición).
 N.º 61.—Medicina del Trabajo (2.ª edición).
 N.º 62.—El cante andaluz (2.ª edición).
 N.º 63.—Las Reales Academias.
 N.º 64.—Jaca (2.ª edición).
 N.º 65.—José Antonio (2.ª edición).
 N.º 66.—La Navidad en España (2.ª edición).
 N.º 67.—Canarias (2.ª edición).
 N.º 68.—El bulo de los caramelos envenenados (2.ª edición).
 N.º 69.—Rutas y caminos.
 N.º 70.—Un año turbio.
 N.º 71.—Historia de la segunda República (2.ª edición).
 N.º 72.—Fortuny.
 N.º 73.—El Santuario de Santa María de la Cabeza (2.ª edición).
 N.º 74.—Mujeres de España.
 N.º 75.—Valladolid (la ciudad más romántica de España).
 N.º 76.—La Guinea Española.
 N.º 77.—El general Varela.
 N.º 78.—Lucha contra el paro.
 N.º 79.—Soria.
 N.º 80.—El aceite.
 N.º 81.—Eduardo de Hinojosa.
 N.º 82.—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
 N.º 83.—El marqués de Comillas.
 N.º 84.—Pizarro.
 N.º 85.—Héroes españoles en Rusia.
 N.º 86.—Jiménez de Quesada.
 N.º 87.—Extremadura.
 N.º 88.—De la República al comunismo. (I y II cuadernos).
 N.º 89.—De Castilblanco a Casas Viejas.
 N.º 90.—Raimundo Lullio.
 N.º 91.—El género lírico.
 N.º 92.—La legión española.
 N.º 93.—El caballo andaluz.
 N.º 94.—El Sáhara español.
 N.º 95.—La lucha antituberculosa en España.
 N.º 96.—El Ejército español.
 N.º 97.—El Museo del Ejército.
 N.º 98.—1898: Cuba y Filipinas.

- N.º 99.—Gremios artesanos.
 N.º 100.—La Milicia Universitaria.
 N.º 101.—Universidades gloriosas.
 N.º 102.—Proyección cultural de España.
 N.º 103.—Valencia.
 N.º 104.—Cuatro deportes.
 N.º 105.—Formación profesional.
 N.º 106.—El Seguro de Enfermedad.
 N.º 107.—Refranero español.
 N.º 108.—Ramiro de Maeztu.
 N.º 109.—Pintores españoles.
 N.º 110.—Primera guerra carlista.
 N.º 111.—Segunda guerra carlista.
 N.º 112.—Avicultura y Cunicultura.
 N.º 113.—Escultores españoles.
 N.º 114.—Levante.
 N.º 115.—Generales carlistas (I).
 N.º 116.—Castilla la Vieja.
 N.º 117.—Un gran pedagogo: el Padre Man-
 jón.
 N.º 118.—Togliatti y los suyos en España.
 N.º 119.—Inventores españoles.
 N.º 120.—La Alberca.
 N.º 121.—Vázquez de Mella.
 N.º 122.—Revalorización del campo.
 N.º 123.—El traje regional.
 N.º 124.—Reales Fábricas.
 N.º 125.—Devoción de España a la Virgen
 N.º 126.—Aragón.
 N.º 127.—Santa Teresa de Jesús.
 N.º 128.—La zarzuela.
 N.º 129.—La quema de conventos.
 N.º 130.—La Medicina española contempo-
 ránea.
 N.º 131.—Pemán y Foxá.
 N.º 132.—Monasterios españoles.
 N.º 133.—Balmes.
 N.º 134.—La primera República.
 N.º 135.—Tánger.
 N.º 136.—Autos Sacramentales.
 N.º 137.—Madrid.
 N.º 138.—General Primo de Rivera.
 N.º 139.—Ifni.
 N.º 140.—General Sanjurjo.
 N.º 141.—Legazpi.
 N.º 142.—La Semana Santa.
 N.º 143.—Castillos.
 N.º 144.—Imagineros.
 N.º 145.—Granada.
 N.º 146.—El anarquismo contra España.
 N.º 147.—Bailes regionales.
 N.º 148.—Conquista de Venezuela.
 N.º 149.—Figuras del toreo.
 N.º 150.—Málaga.
 N.º 151.—Jorge Juan.
 N.º 152.—Protección de menores.
 N.º 153.—San Isidro.
 N.º 154.—Navarra y sus reyes.
 N.º 155.—Vida pastoril.
 N.º 156.—Segovia.
 N.º 157.—Valeriano Bécquer.
 N.º 158.—Canciones populares.
 N.º 159.—La Guardia Civil.
 N.º 160.—Tenerife.
 N.º 161.—La Cruz Roja.
 N.º 162.—El acervo forestal.
 N.º 163.—Prisioneros de Teruel.
 N.º 164.—El Greco.
 N.º 165.—Ruiz de Alda.
 N.º 166.—Playas y puertos.
 N.º 167.—Béjar y sus paños.
 N.º 168.—Pintores españoles (II).
 N.º 169.—García Morente.
 N.º 170.—La Rioja.
 N.º 171.—La dinastía carlista.
 N.º 172.—Tapicería española.
 N.º 173.—Glorias de la Policía.
 N.º 174.—Palacios y jardines.
 N.º 175.—Villamartín.
 N.º 176.—El toro bravo.
 N.º 177.—Lugares colombinos.
 N.º 178.—Córdoba.
 N.º 179.—Periodismo.
 N.º 180.—Pizarras bituminosas.
 N.º 181.—Don Juan de Austria.
 N.º 182.—Aeropuertos.
 N.º 183.—Alonso Cano.
 N.º 184.—La Mancha.
 N.º 185.—Pedro de Alvarado.
 N.º 186.—Calatañazor.
 N.º 187.—Las Cortes tradicionales.
 N.º 188.—Consulado del Mar.
 N.º 189.—La novela española en la postgue-
 rra.
 N.º 190.—Talavera de la Reina y su co-
 marca.
 N.º 191.—Pensadores tradicionalistas.
 N.º 192.—Soldados españoles.
 N.º 193.—Fray Luis de León.
 N.º 194.—La España del XIX, vista por los
 extranjeros.
 N.º 195.—Valdés Leal.
 N.º 196.—Las cinco villas de Navarra.
 N.º 197.—El moro vizcaíno.
 N.º 198.—Canciones infantiles.
 N.º 199.—Alabarderos.
 N.º 200.—Numancia y su Museo.
 N.º 201.—La Enseñanza Primaria.
 N.º 202.—Artillería y artilleros.
 N.º 203.—Mujeres ilustres.
 N.º 204.—Hierros y rejerías.
 N.º 205.—Museo Histórico de Pamplona.
 N.º 206.—Españoles en el Atlántico Norte.
 N.º 207.—Los guanches y Castilla.
 N.º 208.—La Mística.
 N.º 209.—La comarca del Cebrero.
 N.º 210.—Fernando III el Santo.
 N.º 211.—Leyendas de la vieja España.
 N.º 212.—El valle de Roncal.
 N.º 213.—Conquistadores españoles en Esta-
 dos Unidos.
 N.º 214.—Mercados y ferias.
 N.º 215.—Revistas culturales de postguerra.
 N.º 216.—Biografía del Estrecho.
 N.º 217.—Apicultura.
 N.º 218.—España y el mar.
 N.º 219.—La minería en España.
 N.º 220.—Puertas y murallas.
 N.º 221.—El cardenal Benlloch.
 N.º 222.—El paisaje español en la pintu-
 ra (I).
 N.º 223.—El paisaje español en la pintu-
 ra (II).
 N.º 224.—El indio, en el régimen español.
 N.º 225.—Las Leyes de Indias.
 N.º 226.—El duque de Gandía.